

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

ENERO - FEBRERO, 1948

SUMARIO

ENRIQUE ESPINOZA: *ANDRE GIDE, UNO
Y DIVERSO* ¶ ANDRE GIDE: *PAGINAS
RECOBRADAS* ¶ GONZALEZ VERA: *PA-
TANCHA Y EL VEGETARIANO* ¶ VICTOR
SERGE: *POEMA POSTUMO* ¶ EUCLIDES
GUZMAN: *EL HOMBRE QUE VOLVIA DE
LA PAMPA* ¶ LUIS FRANCO: *HORACIO
QUIROGA POETA DE LA NATURALEZA
Y DEL AMOR* ¶ HORACIO QUIROGA:
UNA NOCHE DE EDEN

SANTIAGO **43** DE CHILE

L E A

EN LOS NUMEROS ANTERIORES DE

B a b e l

- N.º 1. LUIS ARAQUISTAIN / Retrato de Hitler.
IGNACIO SILONE / Un recuerdo infantil.
- » 2. ALFRED KERR / Recordando a Walther Rathenau.
ALBERTO GERCHUNOFF / Sem Tob de Carrión.
 - » 3. MARCEL PRENANT / La revolución francesa en el mundo.
ANDRÉ CHAMSON / Recuerdo de «La Comuna».
 - » 4. WALDO FRANK / Carta whitmaniana.
MALCOLM COWLEY / Frau Marx.
 - » 5. ANDRÉ MALRAUX / La novela y el reportaje.
ROBERT FORSYTHE / Yo conocí a Ernst Toller.
 - » 6. JULIÁN HUXLEY / El concepto de raza.
LEÓN PAUL FARGUE / Del antisemitismo.
 - » 7. ALBERT SCHWEITZER / Cultura y Libertad.
MAGDELEINE PAZ / Marcel Martinet.
 - » 8. ANDRÉ GIDE / A algunos nuevos convertidos.
ROBERT GOFFIN / Rimbaud católico.
 - » 9. MAX NOMAD / Polonia sin aureola.
L. CARDOZA Y ARAGÓN / El ejemplar de León Felipe.
 - » 10. JOHN CHAMBERLAIN / El sueño del anarquismo.
M. F. GRANDIZO / La lucha de edades en política.
 - » 11. WYNDHAM LEWIS / La muerte del arte abstracto.
LOUIS UNTERMAYER / «The Seven Arts».
 - » 12. SIDNEY HOOK / El humanismo integral de Maritain.
JARVIS GERLAND / El álgebra de la revolución.
 - » 13. MARTÍNEZ ESTRADA / Hernández y Hudson.
CIRO ALEGRIA / Impresión de Mariátegui.
 - » 14. JEF LAST / Testimonio holandés.
LEOPOLDO LUGONES / A los republicanos españoles.
 - » 15.—16. EDMUND WILSON / Rol de Trotsky en la historia.
DWIGHT MACDONALD / Intento de apreciación.
 - » 17. MORTON DAUWEN ZABEL / Un poeta en el Capitolio.
JUVENCIO VALLE / Canto de amor.
 - » 18. W. H. HUDSON / Una librería de viejo en Buenos Aires.
HERNÁN GÓMEZ / Por el rastro de Hudson.
 - » 19. ENRIQUE ESPINOZA / Heine y Marx (*El ángel de oro y el león rojo*).
F. G. CAMPOAMOR / Vamos a matar la guerra (*cuento*).
 - » 20. HORACIO QUIROGA / Sinfonía heroica (*y una carta inédita*).
SEBASTIÁN FRANK / El espíritu burocrático.
 - » 21. MAX BROD / Kafka, padre e hijo.
JAMES CADMAN / Geopolítica: un mito imperialista.
 - » 22. ALBERT EINSTEIN / Alocución a los estudiantes.
ERNESTO MONTENEGRO / Integridad de Baldomero Lillo.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL

CONCEDEMOS CRÉDITOS

CONSULTE CONDICIONES

PENINSULA LIBRERIA DE ARTE

Huérfanos 757 - Fono 32922

(Galería)

GRABADOS - LIBROS

EXPOSICIONES

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222

Casilla 9351

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813

Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL
CORREO Y DE LA PLAZA DE
ARMAS

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 23698

Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y
AMERICANAS EN GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Apartado 111

Caracas

ACEPTA REPRESENTACIONES
DE LIBROS EN VENEZUELA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

Viajar

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

La Línea Aérea Nacional mantiene un
servicio diario de aviones modernos entre Santiago y
Buenos Aires que cubren la distancia que separa a
estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

Proverbios Ladonales

del Rabí

Sem Tob

Babel/Santiago de Chile

PORTADA

De esta obra se hicieron ciento veinte ejemplares en rústica en papel Shadovmould Laurel numerados de 1 a 120; treinta ejemplares en Papel de Tina fabricado a mano, numerados de 1 a xxx; y seis fuera de comercio, señalados con letras que componen el nombre del autor: S E D O T O B, e individualizados. hizo la selección de los Proverbios Enrique Espinoza. Copiados a mano, según el Codice del Escorial, Dauricio Amster.



Colección del Olivar

Acabose de imprimir en las prensas de la Vniuersidad de Chile en el mes de diciembre de 1947.

JUSTIFICACIÓN DE LA TIRADA

[Invocación]

¡ Sennoz noble rey alto,
oyd este sermon
que vos dió don Santo
judio de Carion.

¡ Comunal-mente rimado
de glosas y moral-mente
de phylosophya sacado,
es el desir syguiente.

PRIMERA PAGINA DEL TEXTO

DOS JUICIOS

SOBRE LOS "PROVERBIOS MORALES"

Era, al parecer, Rabí Don Santo de Carrión, el primer escritor hebreo que rendía el homenaje de su talento a las musas castellanas, y no sin justicia fué respetado por sus coetáneos, como uno de los más insignes poetas del siglo XIV. Ya el célebre Marqués de Santillana en su famosa *Carta* al condestable de Portugal sobre el origen de la poesía, le dedicó en el siglo XV las siguientes líneas: «Concurrió, dice, en estos tiempos un judío que se llamó Rabí Santo, e escribió muy buenas cosas e entre ellas *Proverbios Morales* de asaz, en verdad, comendables sentencias. Púsole en cuento de tan nobles gentes (los poetas más señalados del siglo XIV), por gran trovador: que así como él dice:

*Non vale el azor menos / por nacer en vil nío,
Nin los exemplos buenos, / por los desir judío.*

Rabí Santo de Carrión, como poeta agudo y versificador apreciable, reclamaba en la historia de la poesía castellana un lugar señalado; y el ilustre autor de la citada *Carta* fué el primero que lo colocó en el puesto que merecía.

Estudios sobre los judíos de España

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS



La novedad del Rabí Don Sem Tob, entre todos estos moralistas populares, consiste en el uso de la forma métrica, en haber transplantado a la literatura castellana uno de los dos géneros principales de la poesía rabínica... Limitóse a la imitación de la poesía didáctica en su forma más elemental, y con sólo esto creó un género que no sólo tiene brillante representación en la literatura del siglo XV con los *Proverbios* del Marqués de Santillana, y tantas obras análogas de Fernán Pérez de Guzmán y de Gómez Manrique, sino que persiste en el siglo XVI con los *Proverbios Morales* de Alonso Guajardo Fajardo, los de Alonso de Barros, los de Cristóbal Pérez de Herrera y los *Avisos de Amigo* de Setanti.

Historia de la Poesía Castellana I.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

En las páginas precedentes se reproducen tres facsímiles de la edición limitada de los *Proverbios Morales* que BABEL pone a disposición de sus suscriptores. Consta esta de 150 ejemplares numerados, formato 16x24.5 cm., impresos en papel Shadowmould, de tina, en pliegos impuestos en 8.º La obra está íntegramente copiada a mano, según el Códice del Escorial, con ortografía y caracteres góticos redondos de la época. Hizo la selección Enrique Espinoza. La escritura y disposición del volumen es de Mauricio Amster. El precio de los ejemplares en rústica es de \$ 300 c/u. Los ejemplares especiales, con numeración romana y pastas de pergamino rotuladas a mano, se entregan en lujosos estuches de bibliófilo al precio de \$ 700 c/u. Los suscriptores de BABEL gozarán de un descuento del 10%. Pedidos a la Revista Babel, Alameda Bernardo O'Higgins 2555, Santiago de Chile. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

Otras publicaciones de BABEL en la Colección del Olivar:

COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Edición copiada a mano. 150 ejemplares numerados, impresos en papel «Shadowmould Narcissus». *Agolada*.

EL LICENCIADO VIDRIERA, por MIGUEL DE CERVANTES

Edición facsímil según la edición príncipe de Juan de La Cuesta, de 1613. 230 ejemplares numerados impresos en papel «Shadowmould Narcissus». Rústica: \$ 300. Empastada en pergamino con numeración romana, el título rotulado a mano y en estuche de lujo para bibliófilos: \$ 600.

EDICIONES BABEL

ALAMEDA BERNARDO O'HIGGINS 2555, SANTIAGO DE CHILE

United Shoe Machinery Company of Chile

Casilla 2424 — Arturo Prat 204 — Teléfono 62201

SANTIAGO



IMPORTADORES

de

MAQUINARIAS, REPUESTOS, ACCESORIOS,
MATERIAS PRIMAS PARA LAS FABRICAS
DE CALZADO, CURTIEMBRES, FABRICAS
DE HORMAS

FABRICANTES

de

TACHUELAS Y CLAVITOS ESPECIALES PARA
LA INDUSTRIA DEL CALZADO, TAPICERIAS,
FABRICAS DE HORMAS

UNA FIRMA ESPECIALISTA
AL SERVICIO
DE ESTAS INDUSTRIAS

EDITORIAL UNIVERSITARIA S. A.

Constituída con capitales aportados por la Universidad de Chile y la Federación de Estudiantes de Chile.

Una institución al servicio de la cultura, que edita e importa toda clase de textos y material de estudio.

Desde el 1.º de Octubre del año ppdo., la Librería Universitaria, del Departamento de Publicaciones de la Universidad de Chile, pasó a depender de esta empresa.

En Marzo del presente año se ampliará el local, en la misma Casa Central, y se pondrán en venta toda clase de libros culturales, artísticos, de interés científico, etc.

Viajes - Actualidad - Folklore

EPOPEYA INDIA.—R. P. Housse.—Obra coronada por la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas. Más de 450 páginas con la historia de la raza araucana; su organización nacional; sus grandes caudillos; su lengua; su religión y su arte. Un documento completo sobre el más noble y rebelde de los pueblos aborígenes americanos. \$ 30.

LA ISLA DE PASCUA Y SUS MISTERIOS.—STEPHEN CHAUVET.—Lujosa edición con la revelación científica de todas las observaciones y testimonios recogidos sobre la misteriosa y solitaria Isla del Pacífico. Más de 400 páginas profusamente ilustradas en papel extra. \$ 400.

SANTIAGO DE SIGLO EN SIGLO.—CARLOS PEÑA OTEAGUI.—Lujosa edición con la evolución completa de Santiago del Nuevo Extremo. En más de 500 páginas reviven las imágenes de todas las reliquias de su pasado. Sus calles se abren hacia los añosidos y sus templos siguen guardando los altares y testimonios del presente. \$ 300.

FEMINISMO CONTEMPORANEO.—AMANDA LABARCA H.—Concisa y vigorosa contribución a la causa del Feminismo Mundial. Su autora ofrece en un estudio sereno, el fruto de su intensa actividad por la victoria de la causa común de todas las mujeres de la tierra. \$ 40.

SOLEDAD.—Almirante RICHARD BYRD.—El libro que demostrará mejor a los chilenos las condiciones de vida que están soportando en la Antártica sus seis compatriotas destacados en el extremo del territorio. \$ 50. De lujo, \$ 70.

BARAJA DE CHILE.—ORESTE PLATH.—Racimo apretado y maduro de tradición, de folklore pintoresco y festivo de la tierra chilena. Un Volumen de Biblioteca Estrella. \$ 40.

DESPACHAMOS DE INMEDIATO CONTRA REEMBOLSO AL INTERIOR, SIN GASTOS DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR. — EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D. SANTIAGO DE CHILE

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL

DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN

Y SE EDIFICA LA BABEL

EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO IX 1948 VOL. XI

SANTIAGO DE CHILE

Enrique Espinoza

ANDRE GIDE, UNO Y DIVERSO

LA OBRA DEL ARTISTA
NO ME INTERESA PLENAMENTE MÁS
QUE SI, A LA VEZ, LA SIENTO EN
RELACIÓN DIRECTA Y SINCERA CON
EL MUNDO EXTERIOR Y EN RELACIÓN
ÍNTIMA Y SECRETA CON EL AUTOR.

ANDRÉ GIDE.

A LOS veinte años, André Gide, joven poeta místico, anota en una hoja que sólo a los setenta encabezaría su voluminoso *Diario* (1889 - 1939), un propósito inspirado sin duda por la *Correspondencia* de Flaubert: encerrarse a escribir en un cuarto de París y no salir sino con el sueño de la obra realizado.

Aunque Gide, además del talento necesario, posee algunos bienes que le permiten darse por entero al cumplimiento de aquel propósito, no lo hace al fin, como no lo hizo el propio maestro de *La educación sentimental* (o Los frutos secos, mejor).

Al contrario, publica, sin su nombre íntegro, es cierto, *Los cuadernos de André Walter*, y con él, su *Tratado de Narciso*. Emprende viaje tras viaje a Argel, Suiza e Italia. Y, de regreso, alejado ya el espectro de la tuberculosis, casa con una prima, hija de su tío materno, para decirlo prolijamente, y ofrece a sus contemporáneos: *Los alimentos terrestres*.

Este pequeño libro, exótico en apariencia, encuentra desde luego poquísimo eco en la Francia finisecular. Sin embargo, señala un hito en la literatura de nuestro tiempo. Su mensaje aun no ha perdido actualidad después de medio siglo. Particularmente aquí, donde todo el mundo está dispuesto siempre a la imitación. Por eso a nadie le viene más al pelo que al joven sudamericano el envío de Gide a Nataniel:

«Arroja mi libro, repítete que no es más que una de las mil actitudes posibles ante la vida. Busca la tuya. Lo que otro pudiera hacer tan bien como tú, no lo hagas. Lo que otro pudiera decir tan bien como tú, no lo digas, escribir tan bien como tú, no lo escribas. No conserves en tí más que aquello que sientas que no existe en ninguna parte fuera de tí mismo; y haz de tí, paciente o impacientemente, ah, el más irremplazable de los seres.»

¡Cuán a menudo estas palabras de Gide fueron parafraseadas entre nosotros! Pero no en su sentido amplio, generoso, humano. De modo extraño, al paso de un continente a otro, su alcance disminuía en vez de aumentar. El problema de lo auténtico e irremplazable, tornábase acá: colonialismo espiritual, en el peor de los casos; y en el mejor: provincianismo indígena o criollo.

Ahora bien, por su formación protestante, su temprano aprendizaje del alemán, que lo puso en contacto asídúo con Heine* y Goethe, Nietzsche y Schopenhauer, y, sobre todo, por su experiencia inmediata del proceso Dreyfus — la gran prueba para toda su generación — nada fué más ajeno al espíritu universal de Gide, desde un principio, que un nacionalismo a ultranza.

Después de la publicación de *Los alimentos terrestres*, libro dedicado a Maurice Quillot, uno de los fanáticos adoradores de Barrés — el Barrés que no había dejado de advertir *Los Cuadernos de André Walter* —, Gide se alza inflexible una y otra vez contra el «enraizamiento», la «tierra de los muertos» y demás teorías fúnebres, caras al maestro de la cruz de Lorena, para decirlo en términos actuales. En verdad, presiente de inmediato en éste al ayo de algún futuro Hitler, capaz de convertir verdaderamente a Francia en un gran cementerio. Y es preciso recordar lo que significaba entonces el autor de *Sangre, voluptuosidad y muerte*, no sólo en su país, sino también en el nuestro — donde tenía como émulo a un gran señor de las letras, de rancio abolengo hispano, que lo imitaba en todo hasta en el físico, como puede juzgarse por un retrato que le hizo Zuloaga, para medir la importancia del continuo desafío de Gide.

Veinticinco años antes de oponerle a Barrés un texto de Hawthorne que halla intacto para él en el delicioso prólogo aduanero de *La letra escarlata*, Gide asegura en *L'Ermitage*, mayo, 1899: «Las más admirables consideraciones patrióticas no conseguirán de mí que deje de estar al acecho de cuanto en el extranjero se pueda producir.» Y a un lustro de aquella fecha, cuando la famosa «querrela del álamo» con Maurras, aclara su pensamiento para un repórter imaginario del modo que sigue:

«— No soy el llamado a enseñarle que eso que usted llama *nuestra raza* es algo bastante mezclado. Y en eso estriba lo que ha valido al espíritu francés su ligereza, su aventura y su curiosidad; se nota lo que ha sido Francia: un lugar de encuentro, una encrucijada.» Como América, estamos prontos a exclamar.

Pero eso no es todo. En sus «Reflexiones sobre Alemania», Gide insiste al respecto: «El artista que al crear se ocupa de ser francés y de hacer obra «bien francesa», se con-

* Un eco del *Tambor Legrand* resuena en el prólogo en verso del *Viaje de Urien*.

dena a la depreciación (*au non - valeur*). No se trata de lo que éramos, sino de lo que somos.» Y todavía para que ninguna duda quepa escribe en 1899: «Concedo que cuanto más francés sea, seré más yo mismo; pero también sé que cuanto más yo mismo sea, seré más francés, y creo que para descubrirse uno mismo hay otros medios y mejores que pasarse la vida contemplando a los abuelos.»

Hojeando sus *Trozos escogidos* uno se asombra de ver a qué temprana edad tiene Gide conciencia de algunos problemas que habían de apasionar recién a la generación subsiguiente. Al mismo reportaje imaginario pertenecen estas otras palabras que comentan una frase de La Bruyère: «Llegamos demasiado tarde y todo está dicho.»

«— ¡Y por Dios que sí! Todo estaba ya dicho desde los siete mil años que había hombres en el mundo «y que pensaban»; pero tras los abismos de años que había brutos y *que no pensaban*, que aun no habían pensado, ¡qué de cosas quedaban por decir! Porque teníamos otros parientes: los bárbaros que, al fin, tendían su esfuerzo hacia la palabra. Cuando uno ya no teme mancharse tiende la mano a esos primos hermanos. Mas para atreverse a ello, acaso era necesario que uno mismo no tuviese las manos demasiado limpias. Los harapientos del siglo XVIII comprendieron eso a las mil maravillas. Y esas fueron nuestras primeras «malas compañías»... Luego, ¡hemos tenido otras muchas!»

Gide no habla como individualista precisamente. Dicho problema lo plantea en forma inequívoca en su primera «Carta a Angela». ¿Sobre quién, se creará? Sobre Max Stirner. Le dice: «A propósito de Stirner y no de Nietzsche, voy a tener el placer de hablarte un poco de los peligros del individualismo.» Y refiriéndose directamente a *El Único y su propiedad* cree que no debe ilustrarse tal libro con la imagen de un Goethe, de un Beethoven, de un Balzac, etcétera. «Esas grandes y altivas figuras (explica en un paréntesis) estuvieron admirablemente dedicadas a alguna gran idea proyectada ante ellos, por encima de ellos.» Y antes de rematarlo con una lapidaria nota de Montesquieu, Gide se burla muy finamente del señor Stirner: «... «Usted no es más que un teórico, no un verdadero criminal. Bajo su apariencia lógica aun usted desea mi estimación. ¡Pues bien! ¡no la tendrá usted! precisamente usted, no la tendrá. No me la concedo a mí mismo, más que cuando no pienso como usted.»

El primer ensayo de Gide sobre Nietzsche data del año 1898 y viene a ser la segunda Carta a Angela. Gide había peregrinado ya inconscientemente por los mismos lugares de Suiza e Italia donde brotaron los aforismos más originales del filósofo que compuso *El viajero y su sombra*. En adelante sus coincidencias o afinidades serán cada vez mayores.

En ese mismo ensayo inicial, Gide fija en forma insuperable cuanto le debe a Nietzsche todo el arte contemporáneo y establece un paralelo con Dostoievski acerca de la necesidad de probar las ideas en la realidad, que sólo muchos años más tarde desarrollará plenamente apoyado en un proverbio de Blake que reza: «El que desea pero no actúa engendra pestilencia.» Gide no caería nunca en la agua estancada.

Ya en 1894 registra en su *Diario*: «Asumir lo más posible de humanidad. He aquí la buena fórmula.» Y en un discurso sobre las influencias literarias, que pronuncia en Bruselas en marzo de 1900, ejemplifica su pensamiento así: «El genio sólo tiene un gran cuidado: ser lo más humano que puede, es decir, llegar a ser vulgar: Shakespeare, Goethe, Molière, Balzac, Tolstoi. Por un mecanismo admirable, llegan a conquistar de este modo su personalidad, en tanto que el que escapa a la humanidad sólo consigue ser extraño, defectuoso y raro.»

De la importancia del público, titula Gide otra conferencia que da en Weimar el 5 de agosto de 1903. Es uno de los trabajos más ricos en ideas perdurables que ha salido de su pluma durante aquella primera época de su carrera de escritor.

En los *Trozos escogidos* suprime la fina introducción de dicho discurso como mera obra de cortesía y empieza desde donde advierte que fué cosa peligrosísima para el arte separarse de la vida tanto como para ésta separarse del arte. Pero aunque se le va un poco la mano en el corte y omite hasta una frase muy notable de Goethe a su amigo Schiller: «Estos actores trabajan como si no hubiera nadie en el teatro. Recitan y declaman sin cuidarse de que los comprendan, etc., etc.», deja bastante para espigar hasta la extraordinaria notícula final que añade a modo de compensación.

Se impone, pues, destacar en extenso, por asombroso que parezca en boca de Gide ahora, su antiguo rechazo de todo eclecticismo, así como su elogio de la crítica dogmática y la inteligente estrechez mental cuando se justifican históricamente.

*

* *

A riesgo de atraernos la sospecha de un amaño, empezaremos por lo último: «Las manifestaciones del arte — dice Gide — son multiformes; las escuelas son legión, pero dudo que una civilización en un momento dado de su historia sea capaz de producir y alimentar varias a la vez. Luis XIV, cuando le presentan algunos cuadros de Téniers, exclama: «Quitadme de ahí esos enanos», lo que es muy inteligente estrechez mental. Aun cuando Téniers hubiese sido tres veces más grande, esa frase hubiese continuado teniendo su razón de ser, incluso aun cuando se hubiese tratado de Rubens o Velázquez. No era de ninguna manera necesario que Luis XIV entendiese muy precisamente la pintura. Aquello por lo que una sociedad tiene un arte, es su necesidad de tenerlo, y no una comprensión del mismo más o menos grande. Así para poder producir a Poussin aquella sociedad se negaba a comprender a Téniers y, recíprocamente, la sociedad capaz de producir a Téniers — o Rubens — tenía que desconocer a Poussin.»

Gide subraya de antemano como muy significativo: «nuestro odio por toda crítica *dogmática* (o que nos parece dogmática hoy, cuando ningún dogma nos une), para concluir: «Mas hay que reconocer que ese inteligente eclecticismo del que nos felicitamos, prueba, ay, que el arte ya no es una producción natural, ya no responde a la necesidad de un público; y también que la sociedad descompuesta, sin ideal distinto a formular en ningún estilo, acepta imprudentemente, al capricho de los encuentros, todos los ideales del pasado y cada uno de aquellos que cada nuevo artista le propone.»

En verdad, hay que leer muy despacio, como lee Gide a sus autores favoritos, toda esa lúcida conferencia con sus paradojales digresiones acerca del arte cristiano para formarse una idea exacta de lo que señalamos en ella. De otra, pronunciada en Bruselas, al año siguiente, acotamos todavía unas líneas que revelan igual perspicacia. Dice allí André Gide: «Es evidente que nuevas formas de sociedad, nuevas distribuciones de riquezas, imprevistas y exteriores aportaciones tienen mucha importancia en la formación de los caracteres.» Y si bien le parece que sentimos una tendencia a exagerar su importancia formadora (tardará en ver claro al respecto, según confiesa en su *Diario*) la cree desde ya simplemente reveladora.

* *

*

Con tales atisbos no es extraño ver a Gide abordar en su *Viaje al Congo* y en *El regreso de Tchad*, la más formidable denuncia del imperialismo francés y de sus métodos de explotación. Quienes se mostraron entonces sorprendidos de su interés por los negros era porque desconocían unos significativos recuerdos judiciales del autor, que Proust elogia en una carta.

El coraje intelectual, mucho más difícil por cierto que el otro, asiste a Gide de antiguo y puede apreciárselo especialmente a lo largo de su inmenso *Diario*, en el que muchas veces transcribe opiniones que le requieren o que formula espontáneamente sobre arte, literatura o política. Basta ver el juicio lapidario con que responde a una encuesta berlinesa sobre Wagner, en 1908, mientras se representaba en la capital prusiana una traducción de su propio drama *El rey Caundales*.

«Tengo — afirma — la persona y la obra de Wagner en horror; mi aversión apasionada no ha hecho más que crecer desde mi infancia. Este genio prodigioso no exalta tanto como *aplasta*. Ha permitido a una cantidad de snobs, de literatos y de necios, creer que aman la música y a algunos artistas creer que el genio se aprende. Alemania no ha producido quizá nunca algo tan grande y tan bárbaro.»

Cuando Gide madura un libro excesivamente audaz, no deja de ocultarlo un tiempo a los ojos del público; pero acaba por entregárselo contra todo consejo de prudencia. Es el caso de *Corydon*. También, el de sus memorias, bajo el título evangélico: *Si el grano no muere...*

Indiferente a la diatriba como al aplauso, André Gide hace su obra con la mira puesta cada vez más lejos. No busca ser de su época sino desbordarla y dejar una imagen exacta de sí mismo a las generaciones por venir. El triunfo en primera instancia no le atrae. Sólo quiere ganar su pleito por apelación. Y póstumamente, si fuera posible, una vez cerrado el ciclo abierto por *Los alimentos terrestres*.

En tanto Gide aliente por y para su obra, está seguro de ir bosquejando, sin orgullo ni modestia, su propio retrato mucho más ajustado al modelo de lo que pueden hacerlo, de buena o mala fe, sus amigos o adversarios.

«El único drama que me interesa y que quisiera siempre relatar de nuevo es el de la lucha de cada cual con lo que le impide ser auténtico, con lo que se opone a su integridad, a su integración.»

Numerosos textos de su *Diario* pueden ser aducidos para confirmar este deseo de hacerse presente *tal cual* a los hombres

futuros. Pero quizá ninguno sea más explícito que aquel de *Los monederos falsos* que aparece como del escritor Edouard en el capítulo XII: «¿Nos está prohibida—pregunta en plural— esta perspicacia hecha de simpatía, que nos permite adelantar las estaciones? ¿Qué problemas inquietarán mañana a los que vengan? Para ellos es para quienes quiero escribir. Proporcionar un aliento a curiosidades aun indistintas, satisfacer exigencias todavía sin precisar, de tal modo que el que hoy es solo un niño, se asombre mañana de hallarme en su camino.»

(En esta novela única, si no encontramos a los Nedianov y los Muichkin, «que al triunfar lo humano sobre la raza», es posible según Gide, hallar lo mismo en el París de hoy que en el Petersburgo de ayer, pululan, en cambio, los gérmenes más fecundos en torno al género mismo en que incursiona el autor de *Las cuevas del Vaticano*. E. M. Forster lo advierte finamente y analiza un buen número en sus *Aspectos de la novela*.)

Como Baudelaire, Gide sostiene que la crítica es la base de todo arte. Le gusta recordar el célebre aforismo de Wilde, que parece aun más paradójico, invertido: «El espíritu crítico crea; la imaginación sólo imita.» Gide aclara siempre que cuando dice *crítica* se debe comprender que se refiere sobre todo a la crítica de uno mismo y no de los otros.

Por su parte, aun al estudiar un defecto general de su país, del que él parece más libre que nadie, afirma sardónicamente: «Un carro de verdulero arrastra más verdad que los más bellos períodos de Cicerón. Francia se ha perdido por la retórica... Por advertido que yo mismo esté, no logro escapar a ella y continúo siendo, pese a denunciarla, orador...»

*
* *

Gide fué acusado muchas veces de libresco por su fuerte afición a las citas literarias. Y aunque Montaigne lo deja chico en la materia, no invoca los *Ensayos* en su defensa. Más bien explica con sutileza su felicidad al comprobar que muchos de los pensamientos que lo visitan visitaron antes a otros espíritus. Como no ha tenido nunca necesidad de vivir de su pluma, le parece absurdo hacer un artículo o un libro donde bastan tres líneas propias o ajenas... El, que tanto se ha levantado contra el «todo está dicho» de La Bruyère no deja de confesar: «Cada vez que vuelvo a Nietzsche, me parece que no queda nada por decir y que basta citarlo.»

Y a pesar de que cuando encuentra en el cuarto volumen del *Capital*, de Marx, la fórmula de Spinoza: *Determinatio est negatio* cree que puede traducirla en apoyo de una frase de los *Alimentos*, toda elección le resulta penosa y vuelve una y otra vez hasta sobre los propios títulos de sus libros.

En todos ellos, por lo demás, el genio crítico de Gide brilla en primer término. En cada uno nos habla de los otros. Bien mirado, su *Diario* de 1889 a 1939 es el espejo de todos. Una *summa* personalísima que, sin embargo, ilumina un montón de problemas generales de ayer, de hoy y de mañana. Este diario, que aun continúa, es con mucho la obra cumbre de Gide. La mayor parte de sus *Viajes* y de su propia narrativa psicológica está escrita en igual forma. Pero la novela como el teatro de Gide requiere un estudio especial y el profesor Jean Hytier lo ha llevado a cabo con mucha competencia en un volumen de más de trescientas páginas. No vamos a emularlo ahora.

Sólo hemos de insistir que aun dentro de la ficción de las pasiones, Gide no abandona jamás aquel espíritu crítico que une a la vida el arte. Así en uno de sus primeros y más perfectos relatos, *El inmoralista*, que pinta los excesos del vicio del mismo modo que *La puerta estrecha* pinta los de la virtud, encontramos las siguientes palabras en boca de Menalcas:

«— Sabe usted qué es lo que hace hoy letra muerta de la poesía y, sobre todo, de la filosofía? Que están separadas de la vida. Grecia idealizaba la vida; de manera que la vida del artista era en sí misma un realización poética; y la vida del filósofo una actuación de su filosofía; de manera, también, que mezcladas a la vida, en lugar de ignorarse, la filosofía alimentaba la poesía, la poesía experimentaba la filosofía y eso resultaba de una persuasión admirable. Hoy la belleza no actúa ya; la acción no se preocupa de ser hermosa; y la sabiduría opera aparte.»

No obstante su fama de artista puro, Gide se ha mezclado siempre a la vida y en ningún momento ha dejado de comprometerse ante sí o ante los otros. Porque para él, la palabra que uno se da a sí mismo no es menos sagrada que la que se da a los otros. Y desde un comienzo él se ha propuesto decir la verdad, su propia verdad. Su *Regreso de la U. R. S. S.** por ser la mayor prueba y más difundida, es la que más se recuerda; pero está lejos de ser la única, como hemos visto.

* Cf: *Verdad y Conciencia de André Gide* por Enrique Espinoza en SECH, revista de la Sociedad de Escritores de Chile, Junio de 1937, págs. 22 - 30.

Después de la segunda guerra mundial y de la derrota y resistencia de su país, Gide pretende convencernos de la bondad que supone aquel sabio eclecticismo, históricamente condenado en su conferencia de Weimar.

No hay que olvidar que Gide se dice cristiano, aunque sabe que Cristo ha producido más mártires que ningún otro reformador en la tierra. «Soy un incrédulo» — asegura en su *Diario* —. «No seré jamás un impío.» Como Nietzsche abunda en antagonismos. Ninguna teoría le parece buena si no levanta en seguida oposición; toda ortodoxia, sospecha. «Los extremos me tocan», es el lema pascaliano que pone al frente de sus *Trozos escogidos*.

El diálogo entre la tradición católica de sumisión a las autoridades eclesiásticas y la otra, de libre pensamiento, duda y examen, le parece que debe y puede ser retomado ahora por sus representantes intelectuales en Francia.

Bello ideal, desde luego, pero enteramente imposible como lo prueba el propio Gide con su ejemplo de la *Nouvelle Revue Française*, al recordar cómo estallaba periódicamente Paul Claudel cuando algo suyo aparecía en dicha revista junto a un texto atentatorio de Paul Valéry.

Pero aún descontando el éxito que siempre trae la existencia en una misma familia de un hijo radical y otro conservador, ¿es digno acaso el diálogo con quien no quiere dialogar con uno? Por hermanos o compatriotas que ambos sean. El obscuro argumento de la sangre no es válido a la luz de la razón.

En verdad, tal diálogo sólo es viable cuando el adversario ya no es capaz de hacerse nuestro enemigo... Se puede aceptar a Chateaubriand muerto; pero no a Barrés vivo. Esto lo sabe Gide mejor que nadie. Y si la experiencia francesa última permite un pequeño margen al engaño, la española de Antonio Machado es incontestable.

Más vale, pues, intentar el diálogo a la distancia con nuestros verdaderos prójimos. Y aquí viene como de perlas lo que dijo ya en el siglo XVI el humanista castellano Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua* precisamente: «Que sea de mi tierra o no, esto importa poco, pues, cuanto a mí, aquel es de mi tierra cuyas virtudes y suficiencia me contentan, si bien sea nacido y criado en Polonia.»

*
* *

En su ensayo sobre Montaigne, de cuyo abolengo literario es el último en jactarse, con ser el primero en merecerlo, André Gide hace la siguiente definición de los grandes autores: «Los grandes autores son aquellos cuya obra no corresponde sólo a las necesidades de un país y de una época, sino que nos presenta un alimento susceptible de calmar las distintas hambres de nacionalidades diferentes y de sucesivas generaciones.» La obra de Gide más que ninguna otra del siglo veinte asume ya ese carácter a ojos vista. Su espíritu, uno y diverso, se hace de año en año más y más indispensable dentro y fuera de Francia.

Puede reprocharse al maestro de *Si el grano no muere* . . . haber dejado escapar durante un momento esa victoria de la cultura sobre la naturaleza, de que habla Goethe y recuerda él mismo en *Corydon*; pero no puede olvidarse su ejemplo aleccionador en muchos otros sentidos.

Por lo pronto, André Gide, uno de los grandes testigos de su tiempo, anterior a la gran guerra, lo es también del nuestro, que sigue a la segunda.

Como Tolstoi, aquel moralista impar, que no separaba la ética de la estética, él era también el único capaz de rechazar el Premio Nobel en nuestros días y por razones obvias. Entre otras, su infantil aversión a los cuerpos explosivos . . .

PAGINAS RECOBRADAS

I

DE TODOS los «grandes autores» (no puedo emplear esta expresión sin sonreír) los que me han enseñado menos son, sin duda los franceses. Y no podría ser de otra manera. Los tengo en la sangre, en el cerebro; desde antes de leerlos estaba hecho de ellos. Son de la misma pasta que yo. Puedo aprender a razonar con Descartes; si razono de modo diferente, me parecerá que desvarío. Pero ciertos pueblos no razonan en absoluto, y, sin embargo, viven. Irremediablemente, quíeralo o no, soy razonable y soy razonador; por mucho que me esfuerce, mi espíritu no asimila lo que no pasó primero por la aduana de mi razón. Y lo que quiero hacer pasar por ella, pero sin fraude, son materias extrañas que no produce espontáneamente mi país.

*

El «todo se ha dicho», de La Bruyère, ha adormecido mucho tiempo a Francia. Aún hoy la gran mayoría de los franceses cree que lo único posible es repetir, y que «el todo del hombre» es *decir lo mismo de nuevo* cada vez mejor, cosa que, es cierto, los franceses hacen con más gusto que ningún otro pueblo en el mundo, y de la cual se enorgullecen. Lo peor es que la frase de La Bruyère se aviene con el sentido de nuestra raza y halaga una disposición de espíritu natural a tal punto que no es fácil distinguir cuál es aquí la parte innata; y cabe dudar si los franceses hubieran dado mucho más con un permiso diferente o siguiendo otro consejo. Pero no importa! No puedo dejar de creer que la mejor educación no es la que sigue el sentido de las inclinaciones y que una naturaleza algo vigorosa, como la nuestra, halla provecho en la contrariedad y en la restricción.

Desde que salí de la infancia choco contra esa sentencia de La Bruyère e incesantemente me he levantado contra ella. Pero mi protesta se alimenta hoy de otras consideraciones mucho más graves que intentaré exponer, aunque sospecho la poca acogida que pueden esperar en Francia. Francés de

parte a parte, hablo como francés, incapaz, sin embargo, de admitir ese descrédito que la Francia tan a menudo parece empeñada en merecer.

Qué orgullo es que el hombre se haya hecho lo que es! Qué devoción es que un Dios haya hecho al hombre! Pero ¿qué importa? Lo importante es que el hombre no se ha logrado (aun por obra de Dios) sino lenta y progresivamente. Esto es lo que repugna a toda religión, y especialmente a la católica. Ayer no más leí esta afirmación impertinente, que «desde los primeros tiempos en que el hombre se puso a pensar alcanzó cierto grado de conocimiento», y, como corolario inmediato que, evidentemente, ese grado «no puede superarse». Lo más alarmante es que se presenta esta afirmación como «viva» en la conciencia de todo francés; y lo más triste es que, en realidad, hay muy pocos franceses que no la admitan. El propio Gourmont, por lo demás tan perspicaz y tan resueltamente ateo, sostiene esta tesis desconcertante: que no se requería menos genio para inventar el hilo o la aguja que para descubrir las leyes de la gravitación o de la transmisión de las ondas. Lo que, de admitirlo, no hace sino retrotraer el problema al tiempo en que la aguja, el hilo, o el hombre mismo, no habían sido aun inventados. Pero Gourmont parte de aquí para tratar de establecer una supuesta ley de *constancia* intelectual que impediría al hombre haber sido menos inteligente (iba a escribir: menos *hombre*) de lo que es hoy, no viendo que esta pretensión es inconciliable con las doctrinas de evolución que profesa; porque, si el hombre ha sido siempre lo que es, fuerza es admitir que salió entonces definitivamente escupido de boca de un Creador.

*

De entre las virtudes humanas no hay ninguna que aprecie tanto, o tan poco, según los casos, como el valor.

«El verdadero valor, decía Napoleón, es el de las tres de la mañana.» Quería decir, sin duda, que el valor que estimaba era aquel del cual se excluían toda embriaguez toda vanidad, toda emulación; un valor sin testigos, sin cómplices; un valor en frío y en ayunas.

Todo esto debe tomarse en cuenta, y a veces, más que verdadero valor, veo vanidad y afán de falsa gloria en ciertas paradas de guante blanco y de penacho bajo el fuego del enemigo; aún creo que el que se negara a ese impulso colectivo

se mostraría auténticamente valeroso, y tendría precisamente el valor de parecer cobarde. Pues para la mayoría de los falsos héroes basta *parecer*; pasar por valiente permite pasarse sin serlo.

No puedo estimar el valor que sólo se debe, como frecuentemente ocurre, a falta de imaginación, del mismo modo que el miedo es muchas veces producto de una imaginación excesiva. Igualmente el valor que no es más que el sentimiento de la superioridad de la propia fuerza: puede alardear el que se siente con músculos de acero; el gato que se aventura sin temblar sobre la rama se ocupa más del nido de pajarillos que desea que del abismo abierto bajo él; sobre todo cuenta con sus garras que le impedirán caer. Para admirar al que arriesga su vida querría estar convencido primero de que se apega a ella. ¡Tantos jóvenes, durante la guerra, vieron en el hecho de arriesgarla la ocasión de darse algún lustre! Pero imaginemos entre ellos a un ser que se sienta depositario de un mensaje secreto del cual, si vive, podrán aprovecharse todos los demás; el más verdadero valor, ¿no sería acaso para él tratar de preservarlo? Me dicen que Peguy se ofreció a la muerte en una especie de desesperación y «para simplificar», pues, en efecto, seguir viviendo exige a menudo un valor bastante complicado. Sé de otro, muy joven, que se hizo matar en los primeros días, por miedo de no mostrarse valeroso.

*

Pronto me había puesto en guardia contra las nociones que debía a los hábitos inculcados por mis padres, a mi formación protestante, a mi propio país; no porque deliberadamente las considerase como malas sino porque, a lo menos, pretendía no aceptarlas de nuevo sin haber antes probado por mí mismo su excelencia, sin haberlas hecho comparecer ante mí, sin haberlas comparado con otras y sometido a la balanza de mi crítica, sin haberme asegurado de que daban un sonido puro y lleno.

Sólo mucho más tarde, aún recientemente, se me ocurrió que muchas de esas nociones, quiero decir, las que había admitido previo examen, eran producto, a veces indirecto, de mi condición social, de los favores de la suerte (que me había hecho nacer en una situación holgada, confortable, al abrigo de las preocupaciones materiales), de la sociedad en que había vivido, o, para decirlo más simplemente, de mi *clase*. Hasta

hace muy poco tiempo todavía, esta palabra no significaba gran cosa para mí. Sabía que los hombres eran más o menos afortunados, y como mi simpatía me inclinaba hacia los más desposeídos, casi todos mis amigos habían sido pobres, es decir, obligados y a veces muy penosamente, a ganarse la vida. A pesar de ello, los problemas de orden social me interesaban muy poco y mi espíritu no consentía en cautivarse ni ocuparse sino de los problemas que me parecían comunes a todos los hombres. Y sin duda fué preciso que primero reconociese como mala una forma de sociedad que garantiza la dicha de algunos privilegiados mediante la miseria de los más, para darme cuenta de que muchas de esas nociones que había admitido y que consideraba aceptables, sobre las cuales trabajaba mi pensamiento, se habían constituido gracias a esa desigualdad y formaban parte de un sistema que me parecía condenable. No condené por ello esas nociones, a algunas de las cuales debía mi arte y lo que constituía, a mi juicio, mi razón de existir; pero al menos me parecieron sospechosas y comencé a mirarlas con malos ojos, sobre todo aquéllas que halagaban a mi clase, y en las cuales la clase burguesa podía encontrar apoyo, confortamiento y justificación.

Mi mirada más severa se dirigía contra toda noción que pudiese reportarme una ventaja. Ponía en ello una especie de predilección hostil; sí, de predilección al revés. Pero, debo reconocerlo, ese trabajo de crítica seguía siendo burgués y bien sé que, menos privilegiado por la fortuna, no habría estado en condiciones de emprenderlo. Por eso mismo, pensaba, los de la clase obrera aceptan tan fácilmente las ideas de los demás, y tan a menudo (algunos dicen: siempre) las incitaciones revolucionarias, aunque se dirigen al pueblo y no pueden prosperar sin él, son un producto de la clase burguesa.

*

En las teorías de Rousseau hay sin duda menos paradoja y locura de lo que uno se complace en decir. Lo enojoso es que fuesen teorías y que a veces se las dictara la pasión. No puedo creer, como él pretende, que el hombre sea «naturalmente bueno». El gusto, la necesidad, el sentido mismo de la verdad no se dan ni en el niño ni en los pueblos primitivos. Esta utopía en el pasado falsea peligrosamente todo proyecto, toda prefiguración del porvenir. Pero ¿cómo no admitir, y precisamente porque es ella la que moldea al hombre y lo ins-

truye, que la civilización es responsable de muchas derrotas, y la sociedad de muchas atrofas? El hombre está por hacer, por llegar a ser, y el gran reproche contra la sociedad es que ese *hombre bueno* (no «naturalmente bueno», sino producto, obra de cultura y de arte), ha hecho tan poco y ha trabajado tan mal para obtenerlo.

Sobre todo no me gusta en Rousseau su estimación de la ignorancia. El mal uso que el hombre ha hecho de los descubrimientos de la ciencia no autoriza para incriminar a ésta, sino al hombre mismo que la usa mal. Es evidente; y si el fuego nos quema, no lo apagamos por eso.

Lo que le reprocho a Rousseau es hablar de «leyes de la naturaleza» cuando se trata de asuntos humanos. Las leyes naturales son inmodificables; nada hay que el hombre instituya, nada hay humano que no pueda ser modificado — empezando (o, mejor: terminando) por el hombre mismo.

*

No puedo oponer a Cristo esa resistencia orgullosa y envidiosa de Nietzsche. Me parece que, cuando habla de Cristo, su perspicacia admirable lo abandona; creo en verdad que acepta de Cristo una imagen ya transmitida y deformada y que, para oponerse mejor a él, hace a Cristo responsable de todas las nubes y de todas las sombras que ha proyectado sobre la tierra la triste tergiversación de sus palabras.

Siento en la enseñanza de Cristo la misma fuerza emancipadora que en la de Nietzsche; la misma oposición entre el valor del individuo y el Estado, o la civilización, o «César»; la misma abnegación y alegría. ¿Qué digo, la misma? Mayor aún, y más profunda, más secreta; más segura y, por lo tanto, más tranquila; más total, y, por lo tanto, menos tensa, en el evangelio de Cristo que en el de Zaratustra. Nietzsche está mucho más cerca de Cristo que Goethe, por ejemplo (o Hölderlin), en quienes siento ingenua y espontáneamente los valores paganos de la Grecia antigua oponerse a los valores verdaderamente cristianos (entiendo: los del propio Cristo, no los de la Iglesia); mucho más cerca de lo que él mismo sabía o era capaz de confesarse. Por eso es que lo que a Nietzsche le agrada descubrir en Grecia es esa insatisfacción, ese desequilibrio sagrado en los cuales el Cristianismo encontrará su autorización, su motivo, su razón de ser. Lo que él ve en la cultura

griega es Dionisios, mientras que Goethe sigue fiel a Apolo. Pudo Nietzsche redescubrir bajo el sudario y resucitar un Cristo verdadero; pero en vez de seguir a aquél cuya enseñanza superaba a la suya, Nietzsche pensó engrandecerse al afrontarlo. Resueltamente entiende mal a Cristo; pero aún más responsable que él de esa mala inteligencia sobre la cual ha de tomar su impulso, es la Iglesia, que al anexar a Cristo, al tratar (vanamente) de asimilarlo en vez de asimilarse a él, lo estropea aún más — y es ese Cristo estropeado lo que Nietzsche combate.

Sin embargo, y con todo, queda aún tanta verdad sobrehumana en el establecimiento de la Iglesia que los simples pueden equivocarse y acercarse a Dios por ese camino hasta no considerar más que a Dios mismo; pero así como Cristo nos decía: «Nadie llega a mi Padre sino por mí —», la Iglesia querría que no pudiésemos llegar a Cristo sino por ella...

*

A algunos recién convertidos.

«Hablaré sin ironía. Si digo: os estoy agradecido, es porque, en verdad, me habéis enseñado mucho. He comprendido por qué no puedo, ni quiero, ser de los vuestros. Mi corazón me inclinaba a ello, y esa simpatía que tuve por vosotros ha sido una de las grandes debilidades de mi vida. Temía, reprimía todo movimiento de mi espíritu que hubiera podido ofenderos; casi no me atrevía a respirar. Hemos conversado interminablemente; conocíais mi probidad, y os agradezco no haberla puesto en duda. Hemos discutido; no soy hábil para defenderme y, por lo demás, ni siquiera me atacábais simplemente tratábais de llevarme a pensar como vosotros, desde que os habíais puesto a pensar como los otros, a no pensar libremente. Me pedíais que admitiera lo que vosotros mismos habíais admitido, lo que a mí me parecía mentira y a vosotros verdad. Pronto me dí cuenta de que no podríamos entendernos jamás. Tachábais de orgullo mi resistencia, y eso os permitía condenarla. Os irritásteis cuando dije: «Os dejo la última palabra», porque creísteis que, como se dice en esgrima, al decirlo, rompía. Pues bien, sí, quiero romper... De qué sirve razonar con el que arguye, la prueba de que tengo razón es que escrito está: «.....»? Yo también me alimenté de la Escritura; si ella me ha instruido de otro modo es, decíais, porque la interpretaba. La prueba

de que yo estaba equivocado era que, pensando con la Iglesia, vosotros no podíais estarlo. Eso llamábais vuestra manera de pensar: ortodoxia, fuera de la cual no se podía razonar sin extraviarse; y adoptando las palabras que Pascal atribuye a Cristo, habéis hecho decir a Dios: Para encontrarme, renuncia a buscarme. Y al mismo tiempo habéis situado a ese Dios en un templo cuyo acceso negáis a todo el que no empieza por someterse y abdicar toda libertad de pensamiento. Si el pensamiento no conducía a *allí*, era malo, y el que pensaba de otro modo estaba en el error...

*

Ninguna discusión con ellos es posible. Tenemos por ellos, por sus convicciones, por su fe una consideración que, en nombre de su fe, están obligados a no tener por nuestro pensamiento. Su seguridad constituye su fuerza; no consienten en ver más que orgullo en nuestra resistencia y debilidad en nuestra circunspección. Lo que, para nosotros, es una virtud indispensable, la probidad intelectual, es, a su juicio, un impedimento para creer, que es necesario superar.*

I I

VERANO 1937

En el pequeño libro incompleto de Lenin, *El Estado y la Revolución*, tan importante y denso, hay una frase en que me apoyo: «Hasta la fecha, dice, glosando, por lo demás, una idea favorita de Marx y Engels, no hay una revolución que no haya acabado por reforzar los mecanismos administrativos.» Cito de memoria, y no juraría que son exactamente sus palabras, pero creo no traicionar su pensamiento, que es, en verdad el que desarrolla en todo el libro. Y en esta consideración encuentra un estímulo para minar más completamente el complejo aparato del Estado. Pues si las revoluciones precedentes no han conducido hasta ahora más que a un fortalecimiento de lo mismo que querían destruir, lo atribuye a que esas revoluciones han sido imperfectas, a que no han sido llevadas a sus últimas consecuencias.

* Véase el texto íntegro en el número 8 de BABEL Págs 226-29.

El libro es de 1917; si está incompleto, es porque Lenín estima más importante actuar que escribir. Es esa revolución completa lo que está haciendo. Y para realizarla hasta el fin se han aceptado todos los sacrificios. La revolución triunfa por fin; ha triunfado hace veinte años. Y ahora, ¿dónde está la U.R.S.S.? Jamás han sido más fuertes la temida burocracia y la máquina administrativa. No hay «hasta la fecha» que valga: la frasecita sigue siendo verdadera, y Lenín podría escribir ahora lo que escribió en 1917.

Del *Diario* 1889-1939 N. R. F.
 TRADUCCIÓN DE OSCAR VERA.

PATANCHA Y EL VEGETARIANO

MI FAMILIA se cambió a la calle Trebulco. Por ella se va a la Isla de Maipo y hay trajín de carretelas y campesinos montados. Sus casas son viejas y las tapias están derruídas. Pertenecen a obreros y viudas pobrísimos. El polvo lo blanquea todo. Al lado de la nuestra vive Patancha con su familia. Patancha va y viene el día entero con una pala al hombro. Es un labrador honrado, temeroso de Dios — al menos él lo dice —, y casi mísero. El nombre le viene por sus pies que no caben sino en ojotas. Estos fuera de grandes son anchos, semejantes a una araña. Antes que oscurezca come sentado en una silla bajísima, junto a la puerta de su casa. Su faz irradia felicidad. Su mujer muévase dentro de los cuartos. Una o dos muchachas asoman sus rostros selváticos por un instante y desaparecen. Patancha habla muy bien, podría ser alcalde, pero como trata de mezclar a Dios en todos sus asuntos, que nunca toman buen sesgo, no le encargan otra misión temporal que la de cultivar y cuidar huertos. Los domingos va a la iglesia, jubiloso, y no pierde del sermón una sola palabra. Durante la semana lo glosa y encuentra que es una gran suerte para el pueblo tener ese cura. Por su aspecto se advierte que Patancha está contento de existir, que le parece muy bien que los demás también existan y que lleva consigo una reserva de admiración que siempre está fluyendo de sus palabras. Sin embargo es muy severo y está alerta contra los malos pensamientos y las acechanzas del demonio.

Al frente hay una pirca de piedra y barro. Más adentro una casa de adobes, alta, espaciosa, de la cual sale humo. Cerca de la pirca crecen grandes matas de tunas. La casa tiene, además, una arboleda.

En ella moran los Leitón. Suele verse una mujer sesentona, unos muchachos de aire montaraz y un hombre entrado en años.

Este anciano decía:

— ¡No hay como vivir en lo propio!

No los conocí sino de vista. Eran misérrimos, pero nosotros y no ellos teníamos que cambiar de domicilio.

Viviera donde viviera iba a rematar a la esquina que ocupan los Leitón, y nunca dejé de entrever a uno calentándose ante la humeante lumbre, dentro de la casa ruinoso, cuyas ventanas nunca tuvieron vidrios, y a los mozos alborotando por el patio si hacía buen tiempo.

Su casa no era envidiable, seguramente, pero por ser propia ahí permanecían. Cuando volví al pueblo, al cabo de diez años de ausencia, y anduve por sus calles en busca de rostros amigos, todo había sufrido grandes cambios. Al rondar en torno del hogar de los Leitón no ví al anciano ni divisé tampoco a su mujer. Los chicuelos tornáronse moce-tones y me costó reconocerlos. Seguían al amparo de su ruinoso vivienda. Retorné al pueblo ya hombre. Ninguno de los Leitón que pude ver se parecía a los que dejé. En el patio movíase una mujer joven y un par de adolescentes. Y así, en cada viaje, sin saber por qué, me asaltaba el deseo de inquirir algo sobre los Leitón. El tiempo no transcurría en vano. Unos morían, otros seguían envejeciendo y la simiente se fortificaba cerca del humo o retozando en el extenso sitio de la casa.

De un día al otro enteréme que había en nuestra calle un nuevo huésped. Tratábase de un joven zapatero y su esposa. Era delgado, de buen porte y rostro definido. Ella, enjuta, de faz atrayente, pertenecía a ese tipo de mujer que cocina para su marido, le zurce y lava la ropa y le sirve de interlocutor. Aunque estuviese junto a él no se advertía su presencia sino a medias. Como si eso fuera poco lo admiraba. No obstante pasaba a primer plano si él le decía:

— Margarita, tráeme un jugo.

Querían veranear en el pueblo y trabajar. El hacía sus zapatos al aire libre y dos veces por semana iba a Santiago. Vestía traje bueno y cubría su cabeza con una gorra.

Los zapateros de la aldea eran muy distintos. Representaban, a juzgar por sus rostros, uno cincuenta años, el otro setenta. Sus caras eran inexpresivas, permanentes, un tanto pétreas. Así fueron siempre, de modo que también podían tener cien años más de los que aparentaban. En el campo aseméjense el suelo, los muros y las fisonomías.

En el nuevo todo era expresión, dinamismo y nerviosidad.

Un domingo lo hallé comiendo empanadas, de pie, cerca del horno. Lo que me extrañó fué que comiera sólo la masa. Echaba el pino al suelo.

Alguien comentó:

— ¡Pero usted bota lo mejor!

— No como cadáveres...

No supe qué pensar. Jamás ví a nadie que no saboreara el condimento. Lo encontré raro. El habló largo sobre la carne. Comerla era costumbre bárbara y a él sabíale a muerto. Le oyeron sonriendo, mas ninguno lo imitó.

Bastó ese hecho para sentirme atraído por él. Fuí a menudo a su taller. Junto a su mesa había mocosos, uno que otro desocupado y tal cual muchacha. Traía palabras nuevas, ideas que nunca circularon en el pueblo y una actitud animosa. En todo igualábase a un caballero, a un caballero que hacía zapatos. El otro caballero del pueblo vivía en las afueras, en una casa blanca de aspecto señorial. Este no trabajaba. Venía a caballo al correo y luego conversaba con las mujeres más bonitas que casualmente estaban en los balcones. Después regresaba a su mansión. En los grandes actos pasaba en un cupé con dos señoras pretéritas, muy vestidas, tanto que apenas podía vérselas algo del rostro.

El caballero de los zapatos era locuaz y sus ideas parecían piezas de reloj. ¡Qué bien combinaban!

— ¡Por qué un lado del monte ha de ser chileno y el otro argentino? ¡El monte es uno solo!

Decía infinidad de frases de esta índole. No entendía su soliloquio. Acaso por ser inaccesible a mi entendimiento se revestía de un encanto singular. Quizás me impresionaban ciertas palabras. De lo demás no podía formarme juicio y su discurso resbalaba, se perdía. Sin embargo, la memoria también registra lo que uno no entiende y queda dentro latente. Pasan años, años larguísimos y gracias a cualquier estímulo surge la pequeña idea e influye en una decisión. ¿No sería factible pensar que tres o cuatro palabras dichas entonces por el zapatero vegetariano me ayudaran, quince años después, a convertirme en un modestísimo ciudadano del mundo?

I I

— ¡Están haciéndole un retrato a los Carvacho! ¿Vamos a mirar?

No vacilé en correr tras los mocosos que me invitaban. En una pieza profunda había varias personas hincadas orando ante un altar improvisado. El ambiente era de quietud y elevación,

Desde un costado un hombre joven se empeñaba en reproducir las figuras.

Sólo un momento me quedé. Como nada ocurría encontré monótono permanecer allí. Grande fué mi sorpresa cuando al cabo de veinte años visité el museo de bellas artes y ví el grupo que en este instante posaba, orando para siempre. Al pié del cuadro estaba la firma de Julio Zúñiga.

Fuera de esa obra el pintor hizo otra que tituló Cabeza de Leñador. Eligió de modelo a Rudecindo que no cabía en sí de orgullo. Una tarde éste fumaba en el patio de doña Mariquita. Un señor se detuvo en la vereda. Rudecindo se levantó con rapidez, cogió un hacha y salió con el artista camino del cerro. Al atardecer regresaba con muestra de cansancio y se dejaba caer en un banco:

— ¡Vaya si es trabajo! Hay que estar con el hacha levantada como para dar el golpe, pero sin darlo. ¡Y el hacha no es un caramelo! Y luego no se puede hacer el menor movimiento porque el cuadro se echa a perder. El pintor dijo que había mirado a una porción de hombres de mi edad. Cuando me vió no quiso buscar a nadie más. ¡No sé qué me hallaría! Si le pidiera el doble creo que me lo pagaría. Sin embargo, es de pocas palabras. Mientras estoy con mi hacha no hace más que mirarme y pintar. Pasa un largo rato y me dice que descanse. Y él mira el lomaje o el vaho que se levanta del río. Apenas nota que me he repuesto sigue con la pintura.

Rudecindo tenía una cabeza vigorosa y las huellas de la viuela, patentes en su rostro, dábanle más vigor aún. En silencio impresionaba como un carácter. Al hablar se reducía porque en sus palabras no sólo soplaba la verdad.

En una sociedad mejor planeada habría sido militar. Trascendía de su persona cierta rudeza y producía una sensación de fuerza que no se aviene mal con quien carga sable o fusil, con quien puede dar un tremendo grito reglamentario. Acaso el mundo sea tan extravagante porque abundan los seres que no hacen lo que debieran.

Lo mágico de las revoluciones es que libertan las personalidades sumergidas. Un herrero se improvisa general y gana batallas. Un contadorcito se convierte en hacendista, un médico redacta códigos, un burócrata se trueca en orador irresistible.

No supe cuándo desapareció el pintor y no conocí el retrato de Rudecindo. Fué necesario que pasaran muchos años para que volviese a encontrarme con el artista. Lo conocí

en casa de Gabriela Mistral. Era entonces un hombre como de cuarenta años, muy poco hablador y de aire ensimismado. Supe que era profesor de dibujo en el Liceo Santiago. Lo que no he vuelto a saber es si continuó pintando.

Mi padre iba a vernos una vez al mes. Trabajaba en Santiago en un almacén. Nos anunció en su última visita que pronto nos iríamos a la capital en donde tenía una casa lista.

Vínome una felicidad loca. La imaginación me mantenía flotando en algún punto de la atmósfera y una sensación de viaje me perseguía durante la vigilia. Durante esos días no cesé de vivir en el aire. Ayudé a embalar nuestros escasos bienes. Lo que no podíamos llevar de inmediato lo confiamos a diversos conocidos. Al bueno de Patancha lo hicimos depositario de tres cajones de libros antiguos.

Pasaron diez años y apenas los libros fueron mi alimento regresé en su busca. No quedaba una hoja. La mujer del piadoso Patancha, que desconocía el alfabeto, empleó los volúmenes en encandilar el fuego. Sabía que el papel bien seco era inmejorable pues prendía en el acto. Confesó haberle usado con prudencia, casi con avaricia, sin excederse de una hoja por día y no dejó de extrañarle que libros tan voluminosos, en apariencia, sirvieran tan poco tiempo. Las tapas sí que le fueron útiles para soplar y resultaron durables.

El propio Patancha, luego de oír el informe de su mujer, agregó que tuvo en sus manos varios. Aquellos de letra muy pequeña los cerró en seguida. Otros pocos, de tipo más claro y separado, o no los entendió o debió dejarles al comprobar que nada decían de Dios ni de las cosas santas. Y dicho esto se fué a registrar un armario en el fondo de su pieza. Vino con un tomo empastado en cuero negro, que me pasó:

— En este no hallará una sola palabra perdida. Me lo regaló el señor cura.

Tratábase de una antología de oraciones. Las había para casi todos los actos cotidianos.

— Si usted se encuentra en un apuro, busca la que mejor le venga y la reza con su familia y verá que todo cambia para bien suyo. Lo que no sea alabar a Dios ¿qué valor tiene?

Llegó la hora de partir. Con premura nos despedimos de nuestros amigos y nos metimos en el tren. Ibamos con el

pescadero aletargado — hijo mayor de doña Mariquita —. Me pareció que el tren no partiría jamás. Empero luego comenzó a deslizarse por entre bosques y soledades. No ví gran cosa porque oscureció temprano.

Al arribar a Santiago me sorprendió el gentío. Había gente de más en todos los lugares. En el travía apenas cupimos. Pero caí en deslumbramiento mientras viajábamos por la Alameda. Era tal la claridad que podía ver los letreros, leerlos y distinguir en todo su detalle cada frontispicio. En el pueblo a lo más existían cuatro luces en seis cuadras. No había en mí y mostraba con el dedo a mi tía para que admirase lo que me gustaba. Esta me susurró al oído que era feísimo mostrar así porque nos crearían huasos. Debí observar en silencio. Seguí aprovechando mis ojos en medio de la más grande excitación.

Descubrí, además, que las casas alineadas y apretadas se extendían en sucesión interminable hacia donde mirara. Pensé que nunca lograría orientarme en las calles. Eran tantas y se veían tan iguales.

Llegamos a la casita del pescadero en calle Milagro. Ahí comimos. El pescadero tenía mujer e hija. Como él era benigno, su esposa estaba en tensión permanente, no por contrariarlo, sino por iniquidad de sus nervios. La muchacha era amistosa, alegre, con la movilidad atrayente de la juventud. Tan simpática era que debió casar pronto. No obstante, otros fueron los designios del Altísimo. Cayó en la tentación de adornar los altares de la parroquia vecina y poco a poco adquirió ese tono medido, ese aire cauto, esa esquivez de las jóvenes que se consagran a una religión. Voló de su rostro la simpatía y envejeció pronto.

Al término de la comida vino mi padre a buscarnos en un coche. Rodó éste por calles silenciosas, menos iluminadas que las del centro. A ratos, al cruzar una esquina, oíase la voz ronca y pernicioso de un gramófono.

Nuestra casa tenía dos habitaciones grandes y una mediana. En la de la calle había estantes con libros y un retrato de mi progenitor. Apenas las camas estuvieron listas, me acosté y caí en un sueño profundo y merecido. El día fué rico en acontecimientos y el más extraordinario de cuantos había vivido.

V́ctor Serge

MEXICO*

(FRAGMENTOS)

Idilio

*A la sombra de los nopales crueles, el ojo de la mula lucía dulcemente
como el silencio del amante.
La silla estaba claveteada de plata. El hombre era como el águila negra
y sin embargo tenía una sonrisa cantarina.
Era hermoso como los ángeles sin miedo y tal vez sin alegría,
sin otra alegría que el latir de la sangre en las venas tendidas.
El hombre dijo: Novia, te espero.*

*Oh dulce vida! Oh dulce espanto! Oh sandía madura, frescos
labios mordidos,
vibración tranquila de la tierra!
Las noches inquietas se perdieron bajo mil estrellas ignoradas
cuando se desvistió la muchacha morena.*

*Las piedras se hunden en la espalda; las manos, las del cielo
mortifican los senos.
La noche llena de presagios cambiantes titilaba como por un
encendimiento.
Oh frescor mineral! Movimientos que se adivina de serpientes...
La savia misma de las lianas une los miembros. Ese calor convulsionante surge de las entrañas de la tierra.*

* A principios de Diciembre del año pasado un escueto cable de México nos hizo saber la muerte de nuestro querido compañero Víctor Serge de un ataque al corazón, a la edad de cincuenta y seis años.

Mientras preparamos al autor de *Destino de una revolución* el homenaje que se merece, insertamos con carácter póstumo ya, uno de los últimos poemas que nos mandara para BABEL.

Como a los demás compañeros que se nos fueron difícilmente olvidaremos a Víctor Serge.

*Violencia deleitosa! El crimen no es mejor, oh Señor!
Oh! sumisión, desgarramiento!
La muerte no es mejor, oh Señor!*

Luna mágica, Luna madre, alúmbralos con tu canto llano!

*Subieron hasta la cima de las viejas lavas, carne a carne, sobre
la misma silla.*

*El paso de la mula balanceaba el mundo, las estrellas, su sangre,
su silencio*

sombríamente apaciguado.

*El vendaje adornado de plata tintineaba, murmullo líquido de
estrellas,*

había olores de resina en el aire.

*La escolta de los altos cactus negros y blanquecinos los acosaba
de inmovilidad.*

*Un mismo rayo los fulminó en el sitio en que se ve una cruz
(o bien fué el plomo de las gentes de la parroquia de San Juan
por una historia de reparto de aguas...).*

EL HOMBRE QUE VENIA DE LA PAMPA

CADA vez que pasaba yo frente al maestro Víctor, de ida y de vuelta del almacén, lo saludaba con una frase completa: «Buenos días, maestro.» Siempre estaba él componiendo zapatos, detrás de la pequeña mesa, repleta de los objetos más excitantes. Nunca dejó de responderme con cortesía, incluso tratándome a veces de «señor». Y como mi estatura apenas sobrepasaba la de la pequeña mesa, era capaz yo entonces de apreciar esta familiaridad en todo su valor.

Era difícil concebir una persona más interesante que el maestro Víctor. Tenía unos cuchillos curvos, sobre todo uno con cache de hueso, que cortaban la suela como navajas, hacía agujeros en hileras perfectas con la lezna, y podía disponer de grandes cantidades de estaquillas blancas, de tachuelas, de ojettillos redondos. También sabía hacer hormas de madera de peumo y cuando se dedicaba a ellas, se llenaba el cuarto con la fragancia que salía de la sierra. Además fué el maestro Víctor quien plantó el enorme sauce que crecía casi al frente de su puerta, entre las dos acequias de riego. De cuando en cuando, él mencionaba este hecho con modestia. Por este tiempo conté siempre con su promesa de que cuando fuese grande me enseñaría a hacer zapatos y hasta me permitiría cortar la suela con el cuchillo blanco.

Sin embargo, por esa época tenía ya decidido que cuando grande sería regador. Nada podía parecerme más formidable que Juan Manuel pudiese remangarse los pantalones hasta la rodilla y meterse en el agua cuando quisiese. Deslizaba la represa por la acequia, deteniéndola frente a cada surco y se quedaba afirmado en la azada, mirando. La gente de mi casa no me permitía ayudar en esta faena porque decían que mojaría mis zapatos, y nunca logré vencerles que ese peligro podía subsanarse quitándomelos. Sólo después de mediodía, cuando se recogían todos para un rato de siesta, me era posible ensayar mi futura profesión. Esperaba que Juan Manuel mandara el agua por el nuevo surco y me iba avanzando al lado de ella, siguiéndola con verdadera fruición. Al

principio el agua se atropella sin orden alguno, pero luego, cuando se da cuenta que dispone de todo el tiempo que quiera, empieza a caminar mostrando toda su gracia. La cabeza del agua posee una especial habilidad para avanzar por lo desconocido y va buscando y palpando vivamente el terreno. A veces se divide en dos pequeños brazos que luego se topan en los extremos formando una diminuta isla, que comienzan a estrangular lenta y seguramente, hasta que desaparece. Otras veces, por avanzar demasiado a prisa, forma un hilo largo que podría cortarse, y entonces, dando una vuelta sobre sí misma, se detiene un rato a esperar a la que viene retrasada; comienza así poco a poco a engrosar y luego prosigue su avance con nuevo brío. Yo me inclinaba sobre el suelo a observar lo que ocurre cuando llega a las pequeñas grietas del terreno y cae en ellas hasta rebalsarlas. Entonces sale a veces una multitud alarmada de pequeños bichos que corren en todas direcciones, tratando de escapar a la gigantesca inundación. Algunos alcanzan las partes más elevadas, que luego son islas que al cabo sucumben también a la catástrofe. A veces logran asirse a trocitos de paja y madera seca que flotan entre la espuma del agua. Pero casi siempre es una lucha inútil y la implacable invasora lo rebalsa todo, indiferente al espanto que siembra a su paso. Cuando alguno de estos insectos se ganaba mi simpatía por su especial tenacidad en esta lucha apasionante, cuando todas sus posibilidades concluían, yo le ofrecía la salvación aproximándole un asidero. Lo colocaba en seguida cuidadosamente en un sitio seguro, saboreando la satisfacción de mi extraordinario poder.

Hasta que apareció el hombre que venía de la pampa. Era casi un gigante, con la cara negra y los ojos pequeños. Desde el primer día eligió como respaldo para sentarse el tronco del sauce del maestro Víctor y allí se pasaba gran parte del día, a veces tallando un trocito de madera con su cuchillo, a veces durmiendo.

Todos los muchachos comenzaron a referirse a él y a admirarle, como también los hombres que acudían al almacén y hasta el mismo maestro Víctor. A veces parece que relataba cosas fabulosas acerca de la pampa, sólo a algunos privilegiados, ya que era poco comunicativo, y entonces no había más remedio que participarse estos relatos unos a otros. Lo malo es que nadie se preocupó nunca de hacerlos llegar a mí en forma comprensible, a pesar de todas mis preguntas. La gente de mi casa, tan diferente siempre y tan ajena a todo lo

que podía ser interesante, debía ser la última en reparar en este personaje. No logré, a pesar de todos mis esfuerzos, que se interesasen verdaderamente por él y se limitaron a continuar sus vidas sin el más leve cambio.

Esta idea nueva de la pampa eclipsó por entonces todas mis ambiciones. Era para mí una palabra desconocida, y el lenguaje suele tener un encanto mágico, cuando las palabras no se conocen. La imaginación a veces agranda tanto su significado, que se evita preguntar por ellas cuando el misterio se hace aterrador. Por este mismo tiempo, recuerdo que mi padre plantó al fondo de nuestra propiedad — casi una selva virgen para mí — un pequeño bosque de álamos. En las tardes acostumbraba invitarme a «ver el bosque». Yo nunca supe lo que esta palabra significaba, porque los árboles eran apenas unas pequeñas varillas enterradas en el suelo, incapaces de llamar mi atención. En cambio, cuando mi padre se detenía y miraba largo rato en frente de sí, siempre creí que el bosque era una enorme y oscura caverna formada por arbustos y zarzamoras que quedaba al otro lado y que con toda facilidad poblaba yo de extraño misterio. Me parecía inverosímil que a mi padre le interesase ir diariamente a ver eso y empecé a darme cuenta de que su mundo no me era tan conocido como hasta allí había creído. Junto a ello, comenzó a nacer entonces sin duda ese sentimiento de soledad, que no hace sino agrandarse a medida que transcurre el tiempo.

Mis hermanos asistían ya a la escuela. Se había instalado en el camino hacia ella uno de los «albergues» que nacieron de las avalanchas de cesantes venidos del norte. Si yo relataba a mis hermanos alguna hazaña de mi nuevo héroe, la recibían ellos con desdén y podían abrumarme fácilmente echándome en cara su paso diario frente a ese albergue. Yo nunca le conocí ni tenía la posibilidad de ir hasta allá, y resultaba en verdad para mí casi imposible de concebir un lugar como ése, en que estuviesen reunidos al mismo tiempo algunas docenas de ejemplares como el que yo conocía. Luego era preferible descartar también a mis hermanos de este asunto, si no quería exponerme a sus jactancias.

Sólo María, la muchacha de la cocina, encontraba a este personaje tan admirable como yo. Con ella podía hacer entretenidos comentarios, especialmente después de comida, mientras lavaba ella la loza. Decía que los hombres de la pampa eran todos así, grandes, fornidos y que poseían el vigor de varios hombres corrientes reunidos. Que no temían a nada

y eran capaces de las más extraordinarias empresas. Sin embargo siempre me pareció que María sabía de todo esto muy poco más que yo.

—¿Dónde está la pampa?

—Está muy lejos, pa'l norte.

—¿De aquí a la luna?

—Sí, pero le digo que pa'l norte.

—¿La luna no está en el norte?

—No pues. Es mejor que se vaya a acostar.

El maestro Víctor, en cambio, sabía muchas más cosas. Conocía el salitre y podía explicar para qué servía y cómo se usaba. Sabía cómo era la pampa y sus diferencias con otros lugares.

—Maestro Víctor ¿la pampa es lo mejor?

—Bueno... Sí. Por el salitre. Pero el salitre es de los gringos.

—¿Los gringos son gigantes?

Mucho más me habría gustado hacer estos comentarios directamente con el hombre de la pampa. Pero como él estaba siempre entre las dos acequias, sentado en el suelo y la espalda apoyada en el tronco del sauce, era muy difícil acercársele. Salvo que uno caminase decididamente hacia él, por entre las acequias, lo que por cierto habría sido demasiado.

Supe que preparaba este hombre trampas para cazar liebres, consistentes en lazos de alambre finísimo, atados a una estaca. Ellas le daban como resultado una liebre diaria que le cocinaba la señora Angela. Casi toda la tarde la pasaba junto al sauce, hasta que volvían algunos obreros de la fábrica de ladrillos y le invitaban a tomar unos tragos. Nunca le ví hacer otra cosa que tallar trocitos de madera con su cuchillo, pero tal como todos los demás que le conocían, sabía que era capaz de cosas formidables. Yo y mis amigos no teníamos duda alguna acerca de su fortaleza y valentía, y nos entreteníamos a veces en imaginar las hazañas que habría realizado o que podría llevar a cabo en cualquier momento. Era esto tan evidente, que luego dejó casi de maravillarnos, al menos a mis amigos. «Pero es que él viene de la pampa», era la explicación de todo. Personalmente, no podría haber quedado satisfecho con una explicación así.

La pampa debía ser un sitio único. Se podría vagar en ella sin duda hacia donde uno quisiera. Comenzar en la mañana muy temprano, junto con el sol, conocer lugares nuevos, estar en ellos un tiempo y dormir después en cualquier parte,

a la hora que uno quisiera. Todos debían ser allí aventureros. Y serían también un poco malvados. Siempre imaginé después en la escuela pública, cuando nos hablaban de historia sagrada, que los filisteos debían venir todos de la pampa.

Mis conjeturas se habrían solucionado sin duda si me hubiese atrevido a encarar de frente a este individuo. Pero me parecía casi inabordable. Muchas veces me detuve en la orilla de la acequia largos ratos, con la esperanza de recibir algún gesto amistoso que me invitase a acercarme. Pero el hombre impasible, apoyado en el sauce del maestro Víctor, estuviese tallando un trocito de madera o estuviese sin hacer nada, no parecía reparar siquiera en mi presencia. Lo que no hacía sino aumentar mi interés y multiplicar mis fantasías.

A veces me parecía inútil que yo luchase solo contra tantas dificultades. ¿Cómo era posible que ningún otro en mi casa, fuera de la María y yo, se interesara seriamente por saber más acerca de la pampa? Nunca había conocido una indiferencia tan impresionante. Uno de esos días me preguntaron mis familiares, como hacían siempre, qué sería yo cuando grande. Sabía ya que no debía revelar mis propósitos de ser regador, porque ellos no comprenderían, a causa del peligro de que mojase mis zapatos. Pero se rieron muy extrañados, sin comprender tampoco, estoy seguro, cuando dije: «Me gustaría... mejor... venir de la pampa...»

Debía así contentarme sólo con mis conversaciones con la María, en la cocina. Habíamos llegado a formar, tácitamente, una verdadera alianza, cimentada en nuestras comunes inclinaciones. Siempre demostraba ella gran entusiasmo por hablar de nuestro personaje y últimamente había agregado a ello el sigilo, lo que hacía nuestras charlas cada vez más apasionantes. Cerraba la puerta de la cocina cuando me veía entrar y comenzaba a inquirir de mí todos los detalles que había logrado reunir durante el día. Me sentía halagado por mi importancia y feliz de conocer una mujer tan interesante como ésta. Aunque, a decir verdad, a menudo me defraudaba su falta de imaginación. En efecto, ella prefería saber detalles precisos de lo que nuestro héroe hacía durante el día, lo que se reducía casi a constatar desde qué hora se había instalado junto al sauce y quiénes le invitarían después en la tarde a beber a un rincón del almacén. Incluso parece que en este terreno desconfiaba de mi acuciosidad, porque ahora salía ella misma más a menudo de compras, aún a traer aquellas cosas fáciles que antes me encargaban a mí.

Me fuí convenciendo poco a poco que cuanto me interesaba descubrir debía lograrlo por mí mismo. Después de todo, se trataba tan sólo de avanzar por entre las dos acequias, decididamente, hasta llegar al pie del sauce y encarar a nuestro personaje. En las noches, en mi cama, ensayaba esta escena, a veces con el hombre sentado al pie del árbol, a veces sin él, para que resultara en un comienzo más fácil. Cuando todo iba más o menos bien y podía mantenerme a pie firme al frente suyo, reparaba en que me estaba imaginando la escena de noche y no a la luz del día, como sería en la realidad. Comenzaba todo de nuevo y seguía así perfeccionándola, puliéndola, hasta que quedaba decidida su realización para el día siguiente. Sin embargo, nunca faltó algún detalle no previsto que aplazara el encuentro. Hasta que todo se estropeó definitivamente.

Tuve que quedar, en efecto, como antes, tal como si nada hubiese ocurrido. Ni siquiera quise hacer preguntas. Guardé para mí sólo mis fantasías e inquietudes y de nuevo, a la hora de la siesta, solía ayudar en su trabajo a Juan Manuel.

Porque el hombre que venía de la pampa desapareció de pronto, inexplicablemente, la misma noche que María, la muchacha de la cocina.

H O R A C I O Q U I R O G A

POETA DE LA NATURALEZA Y DEL AMOR

LA COMUNION de Quiroga con la Naturaleza fué profunda: la más profunda conocida en un artista de nuestra lengua, sin duda, la máxima permitida a un hombre de conciencia tan vigilante como la suya. Porque este sesgo es trascendente. Como en el caso de Thoreau, de Whitman, el mayor poeta de la jungla sudamericana no se sumerge en el bosque buscando olvidar dulcemente los ásperos contornos de su individualidad humana en la vasta sinfonía de las fuerzas naturales: no, va a buscar el contacto refrescante y revitalizante de esas fuerzas, para no ser zoológicamente inferior a un animal y dar así la más noble raíz a la condición de hombre.

Insisto en que ello no supone una abdicación de la civilización ni una capitulación ante la manigua. Como sus hermanos del Norte, Quiroga estaba tan lejos de prestar fe al progreso mecánico como a las ideales ventajas de contra-marchar sobre los rastros del salvaje. Sí, sentía agudamente todos los deterioros que las fallas de la civilización, tal como se la conoce hasta hoy, han acarreado al hombre: deterioros no sólo externos sino definitivamente espirituales. Y que — sin contar con la de los intereses de casta — la mayor culpa corre por cuenta de las religiones, que se han empeñado en ver en el cuerpo y en los más afirmativos instintos humanos un pecado y en el mundo un mero puente hacia el trasmundo. «Todos los redentores y fundadores religiosos — vió Lawrence — lograron sólo cortar los lazos que nos unen a la vida.»

Quiroga, como sus hermanos, vuelve al jardín intonso de la Naturaleza para recuperar la desnudez de Adán, la salud matinal de sus instintos, y andar sin tutores ni pedagogos, esto es, sin el menor temor a la serpiente y a Jehová.

Más: puede confesar como el mayor poeta moderno: «A mí que todo me preocupa no me preocupa Dios.» Porque sin duda sospechó a tiempo que la promesa de una liberación celestial es el mejor veneno para la libertad sobre la tierra.

De todos modos, cuando Quiroga habla del viento, de la lluvia, de un árbol, de una bestia, sentimos vívidamente su

parentesco de sangre y espíritu con ellos: «Y he aquí que el urutaú, salido de no sé dónde, asentado en quien sabe qué rama, lanza su incontenible sollozo, tan hondo, tan sin pudor, tan desgarrante, que el alma que lo emite, impotente para contener ese dolor, se desgarró a su vez en carcajada histérica.» O sino: «Bajo la contracción de sus músculos, toda la vida se escurría adelgazada hasta la muerte. Ante el balanceo de las pajas que delataba el paso del gran boa con hambre, el juncal, todo alrededor, empenachábase de altas orejas aterradas. Y cuando al caer el crepúsculo en las horas mansas, Anaconda bañaba en el río de fuego sus diez metros de oscuro terciopelo, el silencio circundábala como un halo.» Y todo el Paraná, con la ancha hermosura de su calma o el ascenso y descenso grandiosos de su cólera, está ya en la literatura como una fiera domesticada por él. Ciertamente, nadie como él para dar la sensación visual, o integralmente fisiológica, o psíquica, del calor, de la tormenta, de la sequía, de la noche ensilvecida, de la fiebre empantanada, de la conducta más solapada del animal. El ojo, la sensibilidad entera, la mente de Quiroga se vuelven un todo terrible de suavidad e intensidad como el salto del jaguar.

Para mucha gente parecía que Quiroga se había identificado con el bosque, como un pez con el agua. Cuando publicó uno de sus más profundos y temerarios relatos — *El salvaje* —, sus amigos, medio en broma y medio en serio, comenzaron a llamarlo a él con ese nombre.

Pero la verdad del caso es que Horacio Quiroga no sólo fué en gustos y hábitos, un perfecto hijo de la civilización, sino un hombre de conciencia y espíritu bastante más modernos que los de sus contemporáneos.

Sugerimos, pues, que si el regreso de Quiroga al bosque llegó en cualquier momento a significar algo como un reniego de la civilización, sólo pudo serlo en lo referente a la dirección de la misma, no a su sentido y contenido esenciales. Para referirnos a un punto concreto: si Quiroga repudió ese negrismo capitalista llamado la cadena o racionalización del trabajo, que no sólo despoja al hombre, mejor que nunca, del fruto de su dolor y su sudor, y lo aplasta físicamente, sino que deforma o atrofia su espíritu acaso más que el de cualquier esclavo clásico, Quiroga no descreyó en la superioridad del griego de la grande época, por ejemplo, sobre cualquier suerte de salvaje, de bárbaro o de pseudo culto, ni renegó nunca, como un mero romántico, de la técnica moderna del trabajo. Al

contrario: parece haber sospechado claramente que la emancipación futura del hombre tendrá que ver en el gran progreso mecánico y técnico de hoy, su mejor aliado.

El hecho es que el hombre que tuvo una dilección de gran jinete por su motocicleta e hizo de ella como el símbolo de nuestra pasión actual de velocidad, fué no sólo en Misiones, sino en Buenos Aires, una especie de Robinson moderno, un completo y plural artesano de nuestra época: sabía sembrar, plantar, teñir, encuadernar, disecar animales, curtir, aplicar un motor eléctrico a un bote construido por él, montar un alambre carril, elaborar creolinas o superfosfatos, fabricar hornos, secadoras, vino de naranja, dulces de delicia o palancas de ocho toneladas, y manejar su remo o su machete de monte con tan intensa eficacia como su pluma, y todo ello memorioso como Gide de los beneficios que el trabajo manual deja al cuerpo y también al alma del hombre.

Pero su mayor hazaña no es ninguna de esas sino el haber criado personalmente como la más sagaz y valerosa de las madres, sin excluir las labores de cocina, aguja o plancha, su par de hijitos huérfanos de madre. Y aquí nos encontramos con uno de los aspectos decisivos del hombre y del escritor: «Carece de ternura y emoción», escribió angélicamente de él Manuel Gálvez, uno de los más conocidos amanuenses adscritos a la literatura. Como a todo profesional de la equivocación, la verdad se le escapó en el rebote: en efecto, no existe otro escritor hispanoamericano en quien la capacidad de ternura, la potencia de emoción sean más profundas y convincentes. Y justamente, sin duda, porque en él se expresan sin el menor resabio de sentimentalismo o melodrama. Que es lo que quería significar Nietzsche con su simulada paradoja: «Mi ternura vale porque es la de un hombre duro.»

Así se explica en Quiroga su vívida comprensión del encanto del niño y la mujer.

Apólogos como *Navidad* (donde una mujer prefirió denunciar a los verdugos al hijo de Dios antes que entregar al degüello a los niños de los hombres), y cuentos como *La gamita ciega* o *El paso del Yabebirí*, son el endiosamiento de la ternura y la gratitud. Y en el más diáfano de los cuentos ingenuos, *La tortuga gigante*, ésta con su paso infinitesimal, emprende un viaje de trescientas leguas llevando sobre su lomo al hombre enfermo que un día le salvó la vida. En *Los fabricantes de carbón*, dos hombres en el desierto desatienden a cada rato su durísima y tiránica labor para cuidar con insospechables cau-

dales de delicadeza y comprensión a una chiquita con fiebre. Y a buen seguro muy pocas veces en la literatura un corazón de padre se habrá abierto en tal precipicio de cariño y fatídica aprensión como en *El hijo*.

No menos intensa y exquisita, sino más, acaso, es la comprensión quiroguiana de la belleza y el corazón femeninos. Otra prueba de la celosa modernidad del hombre. Es cierto que para hallar parangón a Quiroga como psicólogo es preciso acudir a las literaturas extranjeras, pero esta aptitud frente al misterio femenino alude ante todo a su capacidad, a su lúcida conciencia contemporánea no menos que a su lirismo. Porque en la América católica, donde los poetas, de espaldas a la Naturaleza y al hombre, sacan sus inventos de su sola cabeza, o, si se prefiere, de la librerías y archivos, la poesía, como en tiempos de Alberdi, sigue estando en todas partes, menos en los versos. En esa América archiverseadora, el salvaje prosador de *Anaconda*, *El desierto* y *Cuentos de la selva* estaba dando la más auténtica versión sudamericana de la poesía que hayamos tenido hasta hoy. Pero me refería sólo a la mujer. «Sin la chispa de ideal que hace de un patán un poeta — dice una mujer de Quiroga — las mujeres hubiéramos vuelto a la caverna o nos habríamos suicidado.» El hecho es que las mujeres de los cuentos de Quiroga son no sólo las más vivientes sino las de mayor profundidad poética de nuestra literatura. *La meningitis y su sombra*, *Una estación de amor*, *La muerte de Isolda*, *Silvina y Moritt*, *El puritano*, *El espectro*, *La llama*, *La ausencia*, *La bella y la bestia*, no me dejarán mentir, porque en todos ellos aparece, envolvente como se vé pocas veces, la misteriosa unidad carnal y espiritual del amor humano, que la mujer expresa con más pureza que el hombre.

Cargo mi atención sobre un simple detalle: yo no he encontrado en verso español nada superior ni siquiera equivalente a lo que el maestro ha logrado en más de un pasaje de sus relatos: esa impresión de abismo y paraíso de dos hermosos ojos de mujer anegados por el amor.

UNA NOCHE DE EDEN

NO HAY persona que escriba para el público que no haya tenido alguna vez una visión maravillosa. Yo he gozado por dos veces de este don. Yo ví una vez un dinosaurio, y recibí otra vez la visita de una mujer de seis mil años. Las palabras que me dirigió, después de pasar una noche entera conmigo, constituyen el tema de esta historia.

Su voz llegóme de no sé dónde, por vía radioestelar, sin duda, pero la percibí por vulgar teléfono, tras insistentes llamadas a altas horas de la noche. He aquí lo que hablamos:

—¡Hola!— comencé.

—¡Por fin!— respondió una voz ligeramente burlona, y evidentemente de mujer.— Ya era tiempo...

—¿Con quién hablo?— insistí.

— Con una señora. Debía bastarle ésto...

— Enterado. ¿Pero qué señora?

—¿Quiere usted saber mi nombre?

— Precisamente.

— Usted no me conoce.

— Estoy seguro.

— Soy Eva.

Por un momento me detuve.

—¡Hola!— repetí.

— Sí, señor!

—¿Habla Eva?

— La misma.

— Eva... ¿Nuestra abuela?

— Sí, señor, Eva, sí!

Entonces me rasqué la cabeza. La voz que me hablaba era la de una persona muy joven, con un timbre dulcísima-mente salvaje.

—¡Hola!— repetí por tercera vez.

— ¡Sí!

— Y esa voz... fresca... ¿es suya?

—¡Por supuesto!

—¿Y lo demás?

—¿Qué cosa?

— El cuerpo...

— ¿Qué tiene el cuerpo?

Bien se comprende mi titubeo; no demuestra sobrado ingenio el recordarle su cuerpo a una dama anterior al diluvio. Sin embargo:

— Su cuerpo... ¿fresco también?

— ¡Oh, no! ¿Cómo quiere usted que se parezca al de esas señoritas de ahora que le gustan a usted tanto?

Debo advertir aquí que esa misma noche, en una reunión mundana, yo me había erigido en campeón del sentimiento artístico de la mujer. Con un calor poco habitual en mí, había sostenido que el arte en el hombre, totalmente estacionado después de recorrer cuatro etapas alternativas e iguales en suma, había proseguido su marcha ascendente de emociones en la mujer. Que en su indumentaria, en sus vestidos, en el corte de sus trajes, en el color de las telas, en la sutilísima riqueza de sus adornos, debía verse, vital y eterno, el sentimiento del arte.

Esto había dicho yo. ¿Pero cómo lo sabía ella?

— Lo sé — me respondió — porque todos ustedes piensan lo mismo. Igual pensaba Adán.

— Pero creo entender — repuse — que en el paraíso no había más mujer que usted...

— ¿Y usted qué sabe?

Cierto; yo nada sabía. Y ella parecía muy segura. Así es que cambié de tono.

— Quisiera verla... — dije.

— ¿A quién?

— A usted.

— ¿A mí?

— Sí.

— ¡Ah, es usted también curioso!... Le voy a causar horror.

— Aunque me lo cause...

— Es que... (Y aquí una larga pausa)... no estoy vestida. ¿Comprende usted? En el fondo del espacio donde me hallo... Y además, soy demasiado vieja para no infundir horror... aún a usted. Puedo sin embargo vestirme, si usted me proporciona ropas, con una condición...

— ¡Todas!

— Oh, muy pocas... Que me lleve con usted a ver señoras bien vestidas... como se visten ahora. ¡Oh, condescienda usted!... Hace miles de años que tengo este deseo,

pero nunca como... desde anoche. Antes nos preocupábamos muy poco del vestido... Ahora ha llegado la mujer al límite en el sentimiento del arte.

Mis propias palabras, como se vé.

— Desde ese oscuro fondo del tiempo y del espacio — argüí — ¿cómo lo sabe usted?

— La serpiente de Adán, señor mío...

— ¿De Adán? No, señora; suya.

— No, de Adán. De las mujeres son esas yararás que usted conoce, y una que otra serpiente de cascabel...

— *Crotalus terrificus* — observé.

— Eso es. Pero no son las víboras, sino el maravilloso vestido de la mujer de ahora lo que deseo ver. No puedo imaginarme qué puede ser ese arte sutil que enloquece a las personas como usted...

Por segunda o tercera vez la ilustre anciana la emprendía conmigo. ¿Qué hacer? Yo podía proporcionar a mi interlocutora las ropas que esperaba de mí, y podía también proseguir la aventura que llegaba hasta mí desde el fondo de la eternidad a través de un trivial teléfono.

Fué lo que hice. Coloqué a su pedido las ropas tras el biombo de la chimenea, y bruscamente surgió ella ante mí, envuelta hasta los pies en negro manto. Llevaba antifaz con encaje, y en las manos guantes negros. Yo podía haber presentido, de fijar un instante más los ojos en su silueta, lo que había en realidad de esquelético en aquella fosca aparición. No lo hice, y procedí mal.

Sin ver, pues, más que aquella decrepita figura, terriblemente arrepentido de mi condescendencia, salimos del escritorio, y media hora más tarde llegábamos a una casa de mi relación, cuyas tres hermosísimas chicas reunían esa noche a unos cuantos amigos.

Lo que fué toda esa sesión: mi presencia en compañía de una ilustre anciana que por razones de estado deseaba conservar el incógnito: la burlesca estupefacción de las chicas que charlaban sin perder de vista el fenómeno; los esfuerzos míos para alejar de la situación un ridículo inexorable; las sonrisas cruzadas de las demás ojeándonos sin cesar a la momia y a mí; toda esa interminable noche fué mucho más larga de sufrir que de contar.

Regresamos a casa sin haber cambiado una palabra, ni en el auto ni en los instantes en que dejé el sobretodo sobre una silla, y el sombrero no sé dónde. Pero cuando me hube

sentado de costado al fuego, sin mirar otra cosa que el hogar de la chimenea y disgustado hasta el fondo de mi alma, la dama, de pie, tomó entonces la palabra.

Yo me voy, señor — me dijo —. Ni por mi situación ni por mi edad estoy en estado de permanecer más en su compañía, por grata que me sea, pues no soy desagradecida. He visto lo que deseaba, y me vuelvo. Pero antes de partir deseo que usted oiga algunas palabras.

Ustedes los hombres se han hartado de proclamar que la coquetería es patrimonio de las hijas de Eva—mía, si usted quiere— y que el mundo marcha mal desde que la primera mujer coqueteó con la serpiente... Yo podría aclarar este concepto, pero no quiero volver sobre una historia demasiado vieja... aún para mí. Puedo decir, no obstante, que el adorno, la coquetería de la mujer, era una cosa muy sencilla, pues no teníamos para coquetear más que la cabellera. Después hubo muchas otras cosas... Pero a pesar de nuestra orfandad al respecto, algo pude hacer con mis diecisiete años... Usted debe saberlo por la Biblia.

Pues bien: desde mucho tiempo atrás yo quería reencarnar en la vida contemporánea; mas era indispensable para ello que viera cómo se visten las mujeres de ahora.

¿Qué podía hacer yo, con mi pobre coquetería del Paraíso, con mis escasos adornos de muchacha anterior al diluvio? Por esto, y desesperanzada ya de reencarnar por largo tiempo en una nueva vida, he tomado la determinación de hacerlo por unas breves horas, y he elegido las horas pasadas para ponerme en contacto con el escritor que me escucha... y con las señoritas que gustan a ese escritor.

Por lo poco que he visto, el mundo de ustedes ha progresado inmensamente en seis mil años, y hay cosas admirables. Lo que no hay — óigame usted bien — es progreso en el adorno de la mujer. Ustedes lo creen así porque dichos adornos cuestan dinero. En mi época, una chica estaba bien vestida cuando, a más de ser bella, llevaba en los cabellos flores o plumas de garza, tapados de pieles sobre los hombros, sartas de perlas en el cuello, y un abanico de grandes plumas en la diestra.

Hoy, señor enamorado, después de seis mil años de febril progreso, de incalculables esfuerzos de la inteligencia y del arte, de sutiles refinamientos estéticos, hoy las mujeres bien vestidas llevan, exactamente como en las edades salvajes, plumas en la cabeza, pieles en los hombros, piedras en el cuello, flores en el pecho y grandes plumas en la mano.

¿Dónde está el progreso, quiere usted decirme? ¿Qué ha inventado de nuevo la mujer actual? ¿En qué revela su decantado refinamiento de arte?

¡Bah, señor! Ustedes se dejan engañar a sabiendas, con su devoción feminista; pero salvo uno que otro detalle, la dama original y elegante de hoy debe recurrir fatalmente para su adorno a los miserables elementos del oscuro mundo primitivo: las pieles, las plumas, las piedritas que brillan.

Y no sólo no se ha conquistado nada, sino que se ha rebajado el valor de tales adornos. El valor de una piel sedosa está en la fatiga que ha costado el obtenerla. El amante primitivo que a costa de su sangre conquistó al animal mismo la piel para adornar con ella a su amada, consagró con ese precio el alto valor del adorno. Es bella la piel en los hombros de una muchacha porque el hombre que la amaba se desangró por conseguírsela. Este es su valor, como el de una obra de arte cualquiera, que para ser tal debe dejar exhausto un corazón.

Hoy no es la muchacha más amada la que luce la piel, sino aquella cuyo padre tiene más dinero. Y volveré a la nada en que he dormido seis mil años, sin comprender cómo las amigas de usted, y las otras y todas las mujeres de hoy, sienten tanto orgullo de lucir una piel que no ha conquistado el varón que ama, sino que ha debido pagar muy caro al peletero; y sin comprender tampoco cómo ustedes los hombres no se mueren de vergüenza cuando se sienten orgullosos de ver a sus novias lucir un adorno que ustedes mismos han sido incapaces de obtener, y por el que otro hombre, también joven y buen mozo como ustedes, dió todo su valor y su sangre en una cacería salvaje.

Sólo esto quería decirle. Ahora, señor, me vuelvo. Le he sido a usted demasiado cargosa con mi ancianidad y mis tonterías para que no conserve usted de mí ni el recuerdo...

Permanecí impasible, sin apartar los ojos del fuego.

— ¿Quiere usted, sin embargo, guardar un vago recuerdo mío? Lo autorizaría a usted a sacarme una fotografía...

Dijo; y sin hacerme rogar de nuevo, pues deseaba concluir de una vez con aquel atroz absurdo, me levanté, también sin mirar a la dama, volví con la máquina, y a toda prisa apreté el obturador.

¡Por fin! Eché una mirada salvadora al biombo que debía ocultarla de nuevo.

— ¡Oh, esta vez no hay necesidad!... — murmuró ella —. Con que cierre usted un instante los ojos, basta...

Al hallarme solo, me hallé también sin sueño por el resto de la noche. Y mitad por distracción, mitad por curiosidad fotográfica, revelé la placa.

¡Oh! ¿Qué razón no ha concebido a Eva desnuda como el cielo, virgen y hermosísima en la primera alba del Edén?

No una decrepita momia envuelta en negro: una criatura de diecisiete años, indescriptiblemente pura y curiosa, era lo que revelaba la fotografía. Y yo no había sabido verlo.

Al día siguiente, a las mismas altas horas de la noche, el teléfono sonó. Era ella.

Cuanto alcanza un hombre a expresar de remordimiento, lo expresé en mi largo discurso.

—¡Vuelva!— supliqué por toda conclusión.

—No puedo— repuso ella. Y más burlescamente aún:

—Estoy desnuda....

—Yo cazaré tigres para usted...

—¿Usted, cazar tigres?... Usted es un cazador de historietas y no siempre verosímiles... Pero le estoy muy agradecida, sin embargo. Y si alguna vez vuelvo...

La voz se cortó. No oí más. Ni al día siguiente, ni después, ni nunca ha vuelto ella a llamarme a altas horas. Sólo me queda su retrato. Y cuando alguna vez lo enseño a un amigo, jamás se muestra él sorprendido.

—Muy lindo— me dice— pero es una copia.

—¿Copia?...

—Sí, de cualquier cuadro... Esas hermosuras del Edén no existen.

Así es, en efecto. Hace seis mil años que ella no existe. Pero más corpórea y cálida que la vida misma, ella vino una vez a mí y las puertas que tras el pasado velan por los caprichos sobrenaturales han quedado entreabiertas...

NO PUEDE decirse que abunden entre nosotros los hombres que han tenido la suerte de ver seres antediluvianos. A ciencia cierta, sólo sabemos de dos: un escritor y un naturalista. El primero fué don Horacio Quiroga, y el segundo, don Clemente Onelli. Quiroga, según nos cuenta él mismo por boca de su *Salvaje*, vivió en las inmediaciones de las cataratas del Guaira con un dinosaurio, «con el cual hizo vida de selva seis meses seguidos.» Onelli, en cambio, sólo ha visto a su plesiosaurio en sueños, como correspondería a un simple escritor.

A propósito de su libro *El Salvaje*, pedimos cierta vez a Quiroga, allá por mil novecientos veinte y tantos, informes sobre la vida de los monstruos en cuestión, inútilmente. En balde invocamos la remota actualidad del tema. Quiroga, tan parco de palabras como de letras de molde, se abstuvo de darnos una sola impresión.

—Hablen con el dinosaurio— nos dijo por fin de despedida—. El podrá informarles de lo que desean.

Es lo que hemos hecho después de publicarle a Quiroga, ocupado entonces en hacerle un abrigo de pieles a su mujer, el cuento titulado «Una noche de Edén».

He aquí las declaraciones del dinosaurio desde las sombras de unas páginas de *El Salvaje*:

«El autor de este relato ha hecho bien en callarse. Nada sabe de nosotros ni de nuestra vida, ni de plesiosaurio alguno. El contó a su modo la historia de seis meses en que vivimos juntos, pero fuera de tres o cuatro recuerdos al respecto, y de algún incidente nocturno nada puede decir. Es un hombre discreto, de limitada fantasía, tal vez; mas digno de crédito por lo tanto. Vean ustedes, si no, la timidez con que dicho señor abordó la aventura de nuestra *fraternidad sombría*, como él la llama.

»Hay cosas, vean ustedes, que no pueden ser retiradas de las tinieblas sin que quemen las manos. Una de estas cosas es admitir la existencia contemporánea de un ser de la era mesozoica. Hay tal cúmulo de razones para desecharla, tal certeza para negarla y jugar el cuello en su contra, que nuestro autor no se atrevió ni en broma literaria, a tropezar conmigo en un ambiente actual. El más lírico estudiante de ciencias naturales, tampoco se hubiera atrevido. Y ésto porque como he tenido el honor de expresarles, es imposible que un animal secundario, yo por ejemplo, pueda haber sobrevivido a su era.

»Y aunque un autor de cuentos o novelas ignora por lo común cosas mucho más evidentes que ésta, por pura casualidad, el nuestro sabía que si deseaba un serio y real encuentro conmigo, forzoso le era hundirse tras mi pista a través de kilómetros de sedimento, o... soñar.

»Es lo que hizo nuestro autor: soñó que trasnochaba conmigo seis meses continuos, contando luego algunos parcos incidentes. Todo lo cual si

no habla en favor de su fantasía, habla en pro de su seriedad. Esto en cuanto al señor Quiroga.

»En lo que respecta al plesiosaurio que tanto dió que hacer al ingenioso señor Onelli, y que todavía le interesa a ustedes, nada sé. Parece broma; pero así es: nada sé de él. Ignoro lo que puede haber hecho o pensado el plesiosaurio. Y por la sencilla razón de que cuando yo vivía de verdad y no en este libro, los plesiosaurios habían desaparecido ya hacía muchísimo tiempo de la faz de la tierra. Para mí eran ya entonces seres antediluvianos, ¿creerán ustedes? El mundo es más viejo de lo que suelen imaginar los lectores de revistas. Mitológico, pues, era ya el plesiosaurio en mi tiempo. Mucho más cerca de nosotros, pero hacia adelante, están el pterodáctilo o algún pequeño mamífero bastante distinto de los que ustedes tienen ahora. Pero no les interesan a ustedes estas frescas cosas y sí el plesiosaurio.

»Ahora bien: los dinosaurios no fuimos ricos de imaginación, porque el calor, los diluvios y las tempestades eléctricas bastaban para nuestros desvaríos sensoriales. Tampoco es vivaz la fantasía de algunos cuentistas de ahora. Y he aquí que hace años vinimos a hallar imaginación (la llamaría *secundaria* por su amplitud) donde menos podíamos sospecharla: en un estricto, metódico e incrédulo hombre de ciencia.

»El señor Onelli sospechó que en las aguas de cierto lago andino bogaba un plesiosaurio, y así lo certificó en las columnas de *La Nación*. Más tarde habló de un animal misterioso de cuero peludo, un mamífero de cepa cuaternaria, a ojos vista. ¿Milodonte o bicharraco por el estilo? Sin duda, y ésto es lo que creyó el señor Onelli. Pero no es menos cierto que aquellas primeras publicaciones con que solicitó la atención del mundo, el entonces jefe del Zoo de Buenos Aires se refirió a un plesiosaurio, para regocijo de los que nada entienden de saurios y espanto de los que saben demasiado.

»A mí me encontró haciendo espuma con la boca en las orillas del Alto Paraná, un simple cuentista soñador — podrá decirse. ¿Por qué entonces un naturalista de afición y oficio no pudo hallar un plesiosaurio vivo? Bien pudiera ser. ¿Cómo no? Si ustedes fueran hombres de prestar fe a la palabra de un dinosaurio les confiaría esta pequeña anécdota:

»Ya en mi tiempo, en mi era, y a fines de mi período, que ustedes llaman cretáceo superior, se habló no sé dónde de un animal fantástico que había sobrevivido a su época; un monstruo marino que al andar revolvió los fondos cenagosos y dejaba una estela pestilente. Un plesiosaurio, en fin. Y tal como en la época del señor Onelli se organizó una expedición para cazarlo, de la que formamos yo, un arpoectiris, el pterodáctilo y tres o cuatro comadrejillas — los abuelos de todos ustedes. Y nada hallamos. Pero con los métodos científicos actuales, es posible. Quizás algún día otro director de Zoo tenga más suerte.

»Mientras, confórmense ustedes con el cuento del señor Quiroga a mi respecto, y su *pendant* femenino «Una noche de Edén». Pero no dejen de comprobar también cómo me ha copiado el estilo. Vale la pena.»—E. E.

PROVERBIOS MORALES

Edited with an Introduction by Ig. González Llubera
Cambridge University Press. 1947

LOS MANUALES modernos de historia de la literatura española, salvo excepción a la que por cierto no es ajeno nuestro empeño, se limitan generalmente a transcribir de este poeta hebreo del siglo XIV la misma estrofa que cita el marqués de Santillana en su famoso Proemio al condestable de Portugal, cuando asevera de paso: «Concurrió en estos tiempos un judío que se llamó Rabí Santo y escribió muy buenas cosas, entre ellas, *Proverbios morales*, de asaz recomendables sentencias.» Es por tanto la única que se ha hecho de veras «proverbial» hasta hoy. Sin embargo, todas andan coleccionadas desde hace alrededor de un siglo en el tomo LVII de Rivadeneyra y muchas fueron destacadas con anterioridad, entre otros, por D. José Amador de los Ríos en sus excelentes *Estudios sobre los judíos de España*. Ultimamente Dámaso Alonso ha incluido una veintena en su monumental *Poesía de la Edad Media*. Y tanto en América como en España es posible hallar ecos del viejo rabí en los versos de algunos poetas de tipo tradicional. Así Antonio Machado alude a su proverbio sobre las canas nombrándolo españolísimamente Don Santo y Enrique Banchs menciona otro, entre sus propios pareados, al dirigirse a un incierto contemporáneo suyo en *El cascabel del halcón*:

*Oye, vivió en tus tiempos la lumbrera judía,
—tal vez la conociste: Don Sem Tob— y decía:
«Non ay lança que pase todas las armaduras
nin que tanto traspase como las escrituras.»*

Don Alberto Gerchunoff recuerda y glosa no menos de media docena de tales coplas en su espléndida evocación de Carrion de los Condes, que cuenta entre los ensayos más logrados del fino estilista de *Los gauchos judíos*. (Véase BABEL N.º 2, Págs. 50-54).

Con todo, no era bastante aquello. Imponíase una edición aparte de los *Proverbios Morales*. Don Américo Castro, a su paso por Santiago, el año pasado, hablanos hecho concebir tal esperanza de su parte. Pero he aquí que otro profesor de literatura castellana, Ignacio González Llubera, de la Universidad de Belfast, acaba de llevar a feliz término ese trabajo que no vacilamos en calificar de insuperable. Lástima, no más, que por razones obvias, su magnífico Exordio y sus múltiples y sabias notas de infinita erudición hayan tenido que aparecer primero en inglés. Pero sin

duda el libro entero no tardará en volver a verse a nuestro idioma. Entretanto, anticipamos las líneas iniciales del *Prefacio*:

«Las actividades literarias de Santob florecen en la segunda mitad del reinado de Alfonso XI y también a lo largo de la primera década del de D. Pedro el Cruel. Probablemente los *Proverbios* aparecieron durante la guerra civil que señala el comienzo de la moderna evolución del pueblo castellano, período en el que se desarrollaron rápidamente las condiciones que condujeron a esa ola de persecución y destrucción de los grandes centros judíos de cultura española en 1391. La obra constituye un documento de altísimo valor para el estudio de la influencia judía en la literatura medioeval ibérica.»

El profesor González Llubera le asigna un lugar aparte dentro de aquel crítico período de la historia española. Analiza minuciosamente su índole a través de los cuatro códices que se conocen. El último, *aljamiado*, descubierto en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, es el que ha descrito él mismo por vez primera en 1932. Su conocimiento del hebreo le permite un profundo estudio de las fuentes rabínicas. No deja nada que desear en ese sentido y en ningún otro. Es un verdadero dechado que agota en forma definitiva cuanto es posible acumular en torno al poema. El texto del mismo es quizá lo único que pueda objetarse desde un punto de vista histórico. Sin embargo, hasta nosotros, que seguimos el manuscrito escurialense para una pequeña edición de lujo de los *Proverbios* hemos aprovechado algunas correcciones introducidas con fundamento irrefutable por el profesor González Llubera. En verdad, nadie que quiera ocuparse de Sem Tob podrá en adelante prescindir del libro que ha editado en buena hora la imprenta de la Universidad de Cambridge.

e. e.

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Lafín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 20 mlch.
Suscripción a 6 números. \$ 80 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0.50 u/s.
Suscripción a 6 números. 2.50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

Proverbios Ladonales del Rabí Sem Tob

Babel/Santiago de Chile

PORTADA

DOS JUICIOS SOBRE LOS "PROVERBIOS MORALES"

Era, al parecer, Rabbí Don Santo de Carrión, el primer escritor hebreo que rendía el homenaje de su talento a las musas castellanas, y no sin justicia fué respetado por sus coetáneos, como uno de los más insignes poetas del siglo XIV. Ya el célebre Marqués de Santillana en su famosa *Carta* al condestable de Portugal sobre el origen de la poesía, le dedicó en el siglo XV las siguientes líneas: «Concurrió, dice, en estos tiempos un judío que se llamó Rabí Santo, e escribió muy buenas cosas e entre ellas *Proverbios Morales* de asaz, en verdad, comendables sentencias. Púsole en cuento de tan nobles gentes (los poetas más señalados del siglo XIV), por gran trovador: que así como él dice:

*Non vale el azor menos / por nascer en vil nio,
Nin los exiemplos buenos, / por los desir judío.*

Rabbí Santo de Carrión, como poeta agudo y versificador apreciable, reclamaba en la historia de la poesía castellana un lugar señalado; y el ilustre autor de la citada *Carta* fué el primero que lo colocó en el puesto que merecía.

Estudios sobre los judíos de España

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS



La novedad del Rabí Don Sem Tob, entre todos estos moralistas populares, consiste en el uso de la forma métrica, en haber transplantado a la literatura castellana uno de los dos géneros principales de la poesía rabínica... Limitóse a la imitación de la poesía didáctica en su forma más elemental, y con sólo esto creó un género que no sólo tiene brillante representación en la literatura del siglo XV con los *Proverbios* del Marqués de Santillana, y tantas obras análogas de Fernán Pérez de Guzmán y de Gómez Manrique, sino que persiste en el siglo XVI con los *Proverbios Morales* de Alonso Guajardo Fajardo, los de Alonso de Barros, los de Cristóbal Pérez de Herrera y los *Avisos de Amigo* de Setanti.

Historia de la Poesía Castellana I.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

En las páginas precedentes se reproducen tres facsímiles de la edición limitada de los *Proverbios Morales* que BABEL pone a disposición de sus suscriptores. Consta esta de 150 ejemplares numerados, formato 16x24.5 cm., impresos en papel Shadowmould, de tina, en pliegos impuestos en 8.º La obra está íntegramente copiada a mano, según el Códice del Escorial, con ortografía y caracteres góticos redondos de la época. Hizo la selección Enrique Espinoza. La escritura y disposición del volumen es de Mauricio Amster. El precio de los ejemplares en rústica es de \$ 300 clu. Los ejemplares especiales, con numeración romana y pastas de pergamino rotuladas a mano, se entregan en lujosos estuches de bibliófilo al precio de \$ 700 clu. Los suscriptores de BABEL gozarán de un descuento del 10%. Pedidos a la Revista Babel, Alameda Bernardo O'Higgins 2555, Santiago de Chile. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

Otras publicaciones de BABEL en la Colección del Olivar:

COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Edición copiada a mano. 150 ejemplares numerados, impresos en papel «Shadowmould Narcissus». *Agotada.*

EL LICENCIADO VIDRIERA, por MIGUEL DE CERVANTES

Edición facsímil según la edición príncipe de Juan de La Cuesta, de 1613. 230 ejemplares numerados impresos en papel «Shadowmould Narcissus». Rústica: \$ 300. Empastada en pergamino con numeración romana, el título rotulado a mano y en estuche de lujo para bibliófilos: \$ 600.

EDICIONES BABEL


ALAMEDA BERNARDO O'HIGGINS 2555, SANTIAGO DE CHILE

L E A

EN LOS NUMEROS ANTERIORES DE

B a b e l

- N.º 23. GUSTAV REGLER / Leche negra (*cuento*).
EUGENIO GONZÁLEZ / El borrón de la hispanidad.
- » 24. THOMAS MANN / Fantasmas verbales.
JEAN CASSOU / Flora Tristán y la «Unión Obrera».
- » 25. JAMES T. FARRELL / El lenguaje de Hollywood.
MANUEL ROJAS / Antólogos y antologías.
- » 26. VÍCTOR SERGE / La cuestión judía.
JEAN MALAQUAIS / «Marianka» (*cuento*).
- » 27. RODOLFO MONDOLFO / Sobre la pena de muerte.
MAURICIO AMSTER / Recuerdos de Gutiérrez Solana.
- » 28. CARLOS VICUÑA / El año veinte.
SANTIAGO LABARCA / La generación del veinte.
- » 29. FEDERICO DE ONÍS / España en América.
JULIO BARRENECHEA / Mi ciudad (*versos*).
- » 30. MAX RAPHAEL / Una crítica marxista del tomismo.
CARLOS MAYER / Lev Davidovich.
- » 31. GONZÁLEZ VERA / Gabriela Mistral.
EUCLIDES GUZMÁN / Una viña en la noche (*cuento*).
- » 32. PEDRO PRADO / La vida provisoria.
BOY - ZELENSKI / Jules Vallés y su trilogía.
- » 33. RENATO TREVES / Piero Gobetti y el socialismo liberal.
LISE MEITNER / El átomo.
- » 34. ARTHUR KOESTLER / La sedición (*España en 1936*).
VINCENT SHEEAN / El último voluntario.
- » 35. PHILIP RAHV / Sobre la decadencia del naturalismo.
EUGENE DABIT / El Greco y Velázquez (*De un Diario íntimo*).
- » 36. LAÍN DIEZ / Pérez Rosales, minero.
ARMANDO LIRA / Pérez Rosales, pintor.
- » 37. EMILIO ORIBE / La esfera del canto.
AXEL STERN / El existencialismo contra la existencia.
- » 38. LEÓN FELIPE / Coniunción (*poema*).
JENS PETER JACOBSEN / La señora Fonss (*cuento*).
- » 39. LUIS FRANCO / Construiremos la nueva Babel (*poema*).
WALTHER RATHENAU / Palabras Proféticas.
- » 40. STEPHEN SPENDER / Poesía y Política.
LEÓN TROTSKY / La familia Declerc (*cuento*).
- » 41. B. SANÍN CANO / Rumbos del espíritu.
J. R. WILCOCK / Monólogo de Alejandro.
- » 42. E. M. FORSTER / Mi propio centenario.
JUAN ANDRADE / Apuntes sobre el hambre del preso.



Intelectuales:

Médicos

Abogados

Ingenieros

Profesores

Pintores

Arquitectos

Periodistas

PREFIEREN



ESTEX

LA CONFECCION PERFECTA

B

A

B

E

L

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

43